REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 24 de Noviembre — Núm. 20

Año XVI. No. 708

SUMARIO

La literatura de lujo

Por VENTURA GARCIA CALDERON

= De *La Prensa*.—Buenos Aires, octubre de 1934.—París, 1934 =

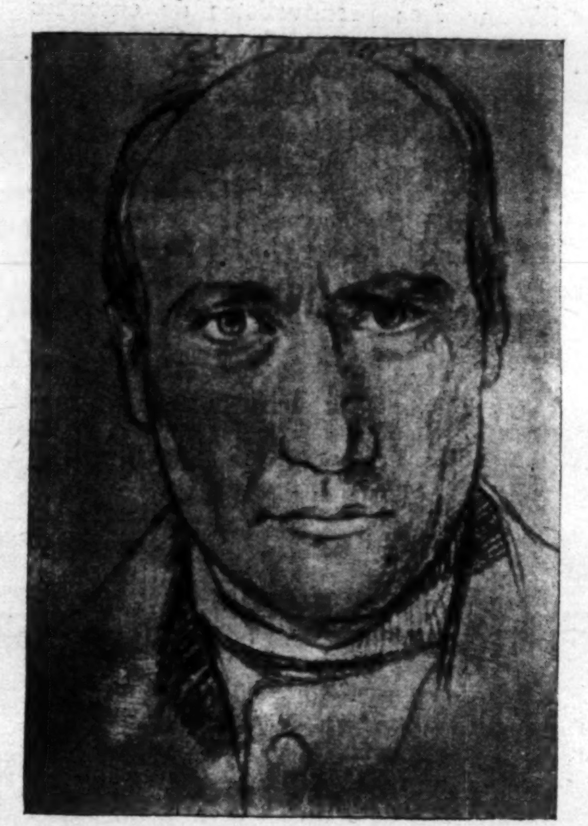
Tout est beau, il faut parler d'un cochon comme d'une fleur.—*Diario* de Jules Renard.

En "Salamán y Absaal", el más hermoso canto del misticismo persa, puede leerse la historia verídica del Rey Sabio y de Belkis, la mujer llena de gracia entre las morenas que fué reina de Saba y tal vez la Sulamita del divino cantar. Tan sincera y leal llegó a ser la amistad de entrambos que, apartando todo amor propio, quisieron cambiar un día sus confidencias. Y confesó el rey Salomón: "A pesar de haber acaparado la omnipotencia regia, nunca veo entrar a alguien sin preguntarme qué obsequio, qué ventaja me trae". Y respondió la reina incomparable: "No veo pasar a un buen mozo sin pensar que pudiera yo estar en sus brazos". El autor del poema, un angélico persa como los que admiramos en las viejas miniaturas con su barba en punta, su turbante blanco y azul, moja otra vez el pincel para escribir su melancólica moraleja: "Si así siente el mejor de los reyes y la más encumbrada de las mujeres, ¡qué vamos a esperar del profano vulgo!"

No comparto semejante pesimismo sobre los hombres todos; pero voy a comunicarle tal opinión a mi amigo André Thérive, el famoso inventor del populismo, para su perpetuo alegato en favor de una literatura plebeya y sanguínea.

Todos los hombres se parecen en el hondón del alma, sino que los grandes de este mundo saben disimular mejor que los humildes. Por eso, el **vulgum pecus**, la santa canalla, sigue siendo el tema preferido de la escuela reciente: le parece más vecino a la salud animal, a la pasión ingenua y fuerte, a la "humilde verdad" tan bien adjetivada por Maupassant.

En este sentido, la magnífica experiencia de Marcel Proust habrá sido concluyente. Es el primero y tal vez el último explorador del llamado "gran mundo". Por primera vez en la historia de la novela francesa se analiza la aristocracia con conocimiento de causa. La alta burguesía, los medios provinciales, la casta literaria, la clase media, la plebe rural o fabril, todo esto había sido magistral o deliciosamente descrito por Balzac, Flaubert, Maupassant, los Goncourt, Mirbeau, Zola, Daudet. Pero no le había nacido a Francia como a Rusia —recordemos el caso ejemplar de Tolstoy—un espectador genial de su "high life". Y cabía preguntarse cómo sentían íntimamente los duques de Guermantes, el señor de Charlus, personajes de etiqueta sólo entrevistos por algún intruso novelista, nunca enfocados por alguno de su propio clan. El mismo Maupassant, hidalgo de provincia, prefirió los temas plebeyos.



André Gide

Dibujo de *William Rothenstein*

¿Cómo eran estas almas de lujo? ¿Compartían acaso los nobles sentimientos de los personajes de Corneille? ¿Aportaban a la vida cotidiana esos vistosos ímpetus, esas pasiones desordenadas, esa patética ansiedad de amar y de morir que tanto nos conmueven en las tragedias aristocráticas de Racine? Nadie nos daba la nota justa. Cuando los hombres de condición modesta como Stendhal asomaban la cabeza a tales círculos cerrados, ponían en la descripción de ajenas pasiones la ardentía propia y nos engañaban a pesar suyo.

Mas viene Proust a desmontarnos el mecanismo de ese reloj encumbrado como el de una catedral germánica por donde salen acompasados personajes góticos. Visto de cerca, el espectáculo es, por decir lo menos, desconcertante.

Si no fuera por el genio del observador, por su genuina y prolija manera de vestir a sus protagonistas con todos los prestigios del universo, refractando sonrisas de heroínas famosas, actitudes de cuadro ticianesco, auroras y crepúsculos para describir el más simple "five o'clock", nos aburriríamos soberanamente. Una exposición de muñecos de cera del museo Grevin, impecablemente vestidos y peinados, con algo de enfático y de engolado en el ademán, a eso se reduce su colección de duques y marquesas. Los acerca, los confunde y humaniza su vanidad atroz, lancinante, cancerosa. Ninguna abundancia de corazón, una crueldad prolija de holgazanes, jamás la pasión robusta y franca.

Sin embargo, las viejas divisas de la aristocracia francesa expresaron sentimientos extremados. "Todo por amor", dice un blasón de Picardía; de "ardor y amor" se ufana aquella familia del Languedoc; **urit et ardet** (quema y arde), inscriben, bajo el dragón de su hidalguía, los Brulant de Borgoña.

Paradójica situación de casi toda nobleza, aquende y allende los Pirineos, es ésta de llegar a un linfatismo elegante después de haber sido exactamente lo contrario, una profesión de hombres sanguíneos. El señor feudal, el machucador de moros, el fundador de ciudades en la breña palúdica, fueron jayanes formidables que se devoraban una res y reconocían al morir cien bastardos. ¡Ay de estos nietos con monóculo, impertinentes, aburridos, pulidos!... "¿Es usted del Jockey?", le pregunta el duque de Guermantes al historiador vergonzante, a sabiendas de que el pobre señor de "jacquette" informe no puede pagarse el lujo de ser miembro del Jockey Club. Cuando la duquesa de Guermantes invita al poeta célebre, se da maña para que la conversación nun-

ca suba de tono. Interviene siempre con el objeto preciso de que el huésped no sea aquí sino un convidado más. ¿Puede Su Ilustre Vanidad tolerar otra cosa? Al grande y al pequeño debe tocarles el papel de comparsas. Cada vez que el ingenuo Proust presiente con íntima fruición que el conversador va a decir cosas sublimes, el ama de casa ordena al mayordomo: "Sírvale un poco más de huevos al señor". La vanidad no es la sola explicación. En su extraordinario cuaderno de notas, "Disjecta membra", Barbey d' Aurevilly nos dice: "Conozco salones del barrio de Saint Germain donde el "buen tono", tirano del lugar, hace de todo ademán vivaz, de toda frase pintoresca, una indecencia".

Ahí la suma elegancia es proscribir todo acento original y sincero, todo calor de entusiasmo. Nuestro Marcelo tiene que excitarse buscando alimento a su feivor en el pasado fabuloso de la gente de pro. (Recordemos que era judío a medias). No puede olvidar —tanto mejor—que la señora con quien está compartiendo los "sandwichs" de caviar forma parte de aquella familia de los Lusignán que sólo podrán extinguirse cuando desaparezca el hada Melusina. Si aquel mundano se le antoja poco interesante, en seguida corrige: "Supeen pocos instantes que las rentas que obtiene de la selva y del río poblados de gnomos y de ondinas, de la montaña embrujada donde está el viejo burgo que conserva recuerdos de Lutero y de Luis el Germánico, le sirven para tener cinco automóviles Charron, un hotel en París, un palco en los lunes de la Opera y otro en los martes de la Comedia Francesa". ¿Snobismo? No. Ha corrido Marcel Proust el telón de fondo. Para el poeta excitado ya no son éstos los títeres de un tinglado mediocre; si no los ha insertado en la tradición, los ha esfumado en la neblina de una leyenda céltica. En torno suyo, la fábula traza ya su aureola convergente. ¡Pobre novelista que tiene que llevar a cuestas tantos disfraces desteñidos!

Siquiera en los grandes siglos de Francia, cuando la nobleza dejó de ser campesina y feudal para aceptar el servilismo de Versalles, las pasiones fuertes continuaron latiendo bajo un compás de rigodón. La diaria lucha cortesana para aventajar a un rival en el favor del amo o de su favorita, daba a la aristocracia de tiempos idos ese sabor y altorrelieve incomparables que tanto nos seducen en las "Memorias" de Saint-Simon. Los prenovelistas de entonces escribían: "caracteres" o "máximas". En vez de hacer convivir a sus modelos en una ficción coordinada, nos dejan retratos al ácido prúsico. Sin Versalles ni parque de los Ciervos, ¿qué le resta al novelista del gran mundo? Ya no parece posible que surja un nuevo Proust sin incurrir en monotonía. Su experiencia genial habrá servido para darle razón a una escuela que se acerca al pueblo.

En vena de sinceridad, el poeta persa nos pinta a Salomón como a un ambicioso vulgar y a la reina morena como una divorciada de Hollywood. No estamos seguros de que así fueran, pero sí de que las purpúreas rosas nacen —los floristas lo saben — en el humilde estercolero.

Cavando más hondo nos decimos, sin embargo, que el caso de Proust no prueba casi nada. La cuestión de la literatura "de lujo" engloba otras muchas preguntas sin cabal y satisfactoria respuesta No sólo atañe a la casta social que sirve de tema al novelista. Naturalismo, populismo, ¿son exclusivamente una manera más franca y directa de ver el mundo, o pueden llevar en definitiva a la abolición de toda literatura?

Con otras palabras: podemos llegar a preguntarnos si las letras son un lujo inútil como pensaba ese revolucionario de Juan Jacobo. La pregunta, actualísima, tiene ya, empero, un siglo de vejez. En un librito primoroso impreso en Amsterdam en 1758 y que encierra los mejores pensamientos del "ciudadano de Ginebra", leo éste: "La vanidad y la pereza que han engendrado nuestras ciencias, han engendrado asimismo el lujo. El gusto del lujo acompaña siempre al de las letras y el gusto de las letras acompaña a menudo el del lujo". Nos diríamos que éstas son las arbitrariedades con que solía el ginebrino desconcertar a sus coetáneos si en su ilustre "sosie" de hoy no halláramos el eco fiel de aquella vacilación. ¿Quién se parece más a Rousseau que André Gide? Su curva vital es pareja. En sus comienzos, la literatura frondosa de "Julia" y de los "Alimentos terrestres", que va depurándose hasta la clásica sobriedad de las "Memorias" y de la "Sinfonía pastoral". Idéntica en ambos, la necesidad de romper, sonora, escandalosamente, con los vínculos, los viejos hábitos, el contrato social y los dogmas de la moral recibida al nacer. Su parecida costumbre de confesarse por escrito se compone por terceras partes de noble sinceridad, de afán exhibicionista y del placer de repetir el crimen o el pecado evocándolo. Confiesa el uno los hijos tirados a la Inclusa; contrista el otro a sus allegados exponiendo con primores de estilo sus extraños deslices en Argelia. (Delectación morosa, llamaban los teólogos a esta forma semiliteraria de la concupiscencia). Y en el hondón de ambos calvinistas, a pesar de una imaginación reverberante, existe el odio a la imagen, a la elegancia verbal, a la luz mediterránea, a las helénicas seducciones de la forma. Todo puede ser atajo y peligro en el camino de perfección; todo estorba —encanto del mundo y gracia del mundo— en este coloquio del creador con su creatura.

¿Son de Gide, son de Rousseau, las líneas que voy a citar? Sólo porque están fechadas en enero de 1932 y las recoge hoy en volumen "La Nouvelle Revue Francaise" podemos considerarlas recientes. Está Gide en una fonda de estación en el camino de Carcasona a Marsella y acaba de leer a Racine, el tierno Racine que en las más ariscas almas deja su impregnación de gracia. (El mismo Stendhal, tan injustamente acusado de sequedad porque nos propuso el Código civil por modelo de estilo, le confiesa a su hermana Paulina que nunca se echa a dormir sin haber leído, dulce viático de la noche, algunas páginas de Racine). Anota Gide: "El vivo interés que en mí despiertan los acontecimientos que se preparan y particularmente la situación de Rusia, me aleja de las preocupaciones literarias. Ciertamente, acabo de releer la "Andrómaca" de Racine con indecible encanto, pero en el nuevo estado que hoy habita mi pensamiento, esos exquisitos juegos no tendrán ya razón de existir.

"Me repito sin cesar que la época en

que pudieron florecer la literatura y las artes ha pasado ya".

Soy yo quien subraya este responso. Firmado por uno de los incontestables maestros de la literatura actual, pone en tela de juicio la literatura toda. Semejantes frases parecen llevar la fecha de una edad vacilante, la nuestra, que no sabe a carta cabal si debe decidirse por un entierro pomposo de la libertad o por un comunismo determinista donde el escritor sea sólo un funcionario encargado de la propaganda.

Pasajera tormenta, dice en el fondo del alma, una infrangible esperanza. Para robustecerla evocamos a los mártires de nuestro santoral cuando tenía el arte por el arte su capilla encendida: Flaubert, resoplando como un forjador ante su yunque nocturno y cuya ventana iluminada hasta las altas horas sirve de faro a los pescadores. Heine enflaquecido, paralítico, semiabandonado del destino y los hombres, que se levanta el párpado con el dedo para reconocer al secretario recién llegado y dictarle un poema de su "Romancero" concebido en el dolor moral y físico del insomnio.

¿Podrá contar la literatura de mañana con estos héroes? ¿Existirá siquiera en lo porvenir una literatura? ¿Cabrá en el mundo futuro el persa temerario que cante impunemente los amores de la rosa y del ruiseñor? ¿No será mirada entonces tal aptitud a la frase breve, espumante, como una forma de locura atávica? Los prosadores mismos, cuando se convierten al nuevo culto de Moscú, ¿no deben abjurar solamente, como Gide, la literatura y sus pompas mundanales?

Estampas

Volvamos al funesto tratado comercial que quieren imponer los mercaderes yanquis a estos países desvalidos del Caribe

Saludable advertencia de José Martí

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.— Costa Rica y noviembre del 34 =

No olvidemos que el Departamento de Estado imperialista pretende ponernos otra ligadura a su dominio político por medio del tratado comercial. Empieza a oírse el coro de los pitiyanquis. Piensen quienes lo oyen en lo importante que es el tratado como factor de sumisión. Ese coro no lo reune el Departamento de Estado en nuestros países, ni ninguna de las empresas imperialistas a su servicio, sino en negocios de fuerza decisiva. Nadie mejor para imponer el tratado o la contratación que el individuo sin amor a su nación. No se engañe el que lo oye pregonando los beneficios de ésta o aquella ligadura a intereses yanquis. Es un alma caída en la servidumbre del coloniaje. Ahora hay muchas almas de ésas. Siempre las ha habido en estos pueblos. El imperialismo yanqui las crea para penetrar, para extender sin tropiezos el vasallaje infame. El tratado comercial imaginado por el Departamento de Estado para contener el comercio de naciones que han organizado industrias que nos traen productos de bajo precio, mueve el instinto de esas almas y la prédica que nos toca oír es deprimente. No olvidemos los designios del Departamento de Estado imperialista y sofoquemos ese coro escita.

Hace muchos años asistió Martí como delegado uruguayo a una conferencia convocada por el Departamento de Estado para tratar asuntos relativos a la moneda. Martí sirvió con su honda visión no sólo al pueblo que le dió poder para tratar negocio de esa importancia con el Departamento de Estado, sino a los pueblos todos de América. A Martí acudamos para combatir al yanquizado de nuestros días. Lo que aquella conferencia monetaria le sugirió perdura para lección decorosa.. Nos quieren dictar el tratado comercial inicuo y Martí tiene acerca de esos pactos horrendos esta profunda meditación: "Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos".

No pueden oír voz de más clara advertencia los pueblos sitiados por el imperialismo yanqui para ligarlos al Departamento de Estado por medio de otra ligadura funesta: el tratado comercial. De la codicia mostrada por el Departamento de Estado en la conferencia monetaria de hace casi medio siglo sacó Martí la visión de un imperialismo rapaz. Ese mismo imperialismo nos trae por conducto de sus diplomáticos el ofrecimiento del tratado comercial. Cosa funesta, porque significa la exclusión total de la competencia de otras naciones industriales, que están en mejor evolución para darnos mercaderías a precios bajos. Porque están en condiciones de pagar bien lo que produzcamos para vender en el exterior. El tratado comercial impreso por el Departamento de Estado para que lo aprueben nuestros senados y congresos excluye totalmente el mercado que puede darnos precios altos para lo que producimos y la industria que produce mercadería baja para nuestro consumo. Es decir, nos canaliza hacia los Estados Unidos cerrando toda afluencia beneficiosa. Nos ofrece comprar y con eso nos esclaviza. Nos ofrece vender y con eso nos sujeta a sus industrias.

El yanquizado clama y nos predice una era de inmensa prosperidad si nos ligamos al Departamento de Estado. Aleccionado para el engaño acomoda cínicamente sus razones. Nada mejor, dice, que tener asegurado mercado para el producto, porque con ello se tiene asegurada la venta y moneda alta. Mentira pura para acomodar el negocio de los tratados dentro de las fauces del imperialismo del Departamento de Estado. ¿Por qué hasta ahora se preocupa ese organismo de lo que producimos? No es que ha desarrollado un amor grande por estos pueblos y quiere que se extiendan a sus plantas tan prósperos y ricos como los Estados Unidos. No hay motivos para juzgarlos animados de sentimiento de tanta fraternidad. Martí discutió con ellos y desde entonces son los mismos. Nos codician. Nos necesitan como vasallos.

Sienten ahora que el consejo de Martí lo seguimos y entonces nos proponen el tratado comercial para arruinarnos. Pero si conserva la América el decoro que quisieron para ella sus hombres de visión aleccionadora tiene que apegarse a ellos y dar así la batalla que la libre de la esclavitud comercial a que quiere someterla el Departamento de Estado. Libertad en negocios para esta América nuestra. Y distribuya sus negocios. Esto es lo grande, lo que nos dejaron dicho quienes conocieron las monstruosidades del imperialismo. El yanquizado pide concentración de negocios para un solo poder. Lo pide porque el Departamento de Estado ha encontrado que es funesto para su política el principio de que un país pueda tratar con las naciones que más lo favorezcan, que mejor trato le den. Dejar en libertad a pueblos de un Continente sometido a la imperialización es imposible cuando esos pueblos establecen contrastes y deducen que más les conviene relacionarse comercialmente con otros países que sujetarse a aquel que pretende tener sobre ellos un tutelaje omnipotente.

Cortan la libertad los hombres del Departamento de Estado y lanzan a sus diplomáticos a imponer tratados comerciales. El tratado es precisamente la manera eficaz de quitarnos el derecho que tenemos por nuestra libertad no perdida de tratar con quien más nos convenga. Para el imperialismo somos vasallos perfectos y la política está hecha en ese temperamento dominante. Para que no nos relacionemos con naciones que estén en condiciones de traernos una aviación comercial y de pasajeros, nos impuso descaradamente el Departamento de Estado a su hija afortunada la Pan American Airways Inc. Organizó la empresa del aire más funesta que haya salido con impulsos de conquista de los Estados Unidos. La echó presurosa sobre estos países y el diplomático yanqui sirvió de caza-contratos a largo plazo y con todas las entregas imaginables a favor de la Pan American Airways Inc. Ya con las rutas aéreas no puede hacer nada la América. Es negocio que no puede distribuir entre pueblos igualmente fuertes. Uno, el imperialista, el del vasallaje aplastante, no dejó que nadie le disputara el dominio sobre una riqueza inagotable como ésta de las rutas del aire. Se apoderó en la totalidad de nuestros pueblos de cuanto signifique en veinticinco años futuros aviación El yanquizado batió entonces todas las palmas de su inferioridad mezquina. Sólo han transcurrido cinco años y ya sentimos el mal de ese monopolio organizado por el Departamento de Estado. La Pan American Airways Inc. es creatura del Departamento de Estado concebida exclusivamente para dominar a perpetuidad las rutas aéreas de la América. La libertad de negociar quedó sepultada por el contrato que con la ayuda eficaz del diplomático dieron nuestros pueblos a la empresa yanqui.

En todos los negocios de importancia grande para estos países ha lanzado su empresa o sus empresas rapaces, el Departamento de Estado. Cuando vemos la facilidad con que la United Fruit C° se impone a todos los gobiernos de la América en donde llega a hacer su comercio, nos damos cuenta de que la ampara la fuerza del Departamento de Estado imperialista. Por medio de ella tiene el imperialismo el dominio de la tierra. El latifundio organizado por la United Fruit C°, es pavoroso. Logra así el Departamento de Estado tener el mapa que necesita para el control de todas las zonas de explotación imperialista. La United Fruit C° sirve en una forma rapaz de instrumento de dominio en los pueblos que necesita controlar certeramente el Departamento de Estado, porque son llaves para la seguridad del Canal de Panamá, ruta estratégica del imperialismo.

Ahora anuncian los periódicos la aparición en los Estados Unidos de otra empresa latifundista. Quiere que le demos cuarenta mil hectáreas de tierras vírgenes y humosas para establecerse con toda suerte de industrias y comercio. Quiere el empresario yanqui que aparece como testaferro del Departamento de Estado imperialista, situarse posiblemente en las vecindades del Canal de Panamá o en las del proyectado Canal de Nicaragua. En todo caso, quiere situarse en puntos estratégicos que posiblemente estén a lo largo de la fatídica Carretera Panamericana. Esta ruta está siendo apurada por el Departamento de Estado. A cada Gobierno ha pedido el imperialismo que fije la vía de acuerdo con los planos levantados por la comisión que destacó por el aire y por tierra la Junta de Carreteras yanqui. De modo que pronto se realizará la obra de conquista. El empresario yanqui que promete venirnos a colonizar si le damos además de cuarenta mil hectáreas en los baldíos nacionales que él escoja, todas las ventajas que suele pedir el Departamento de Estado cuando necesita forjar un monopolio, obedece a los mismos designios que nos trajeron a empresa tan horrenda como la Pan American Airways Inc. El imperialismo yanqui quiere acabar con lo que nos queda de libertad y lanza sus empresas llenas de avidez a que nos sometan.

Con el comercio no puede hacer lo mismo, es decir, no puede llamar a unos hombres de negocios y organizarlos en compañía. Necesita encauzar todo el comercio de la América hacia los Estados Unidos y como el medio certero es el tratado comercial, acude a imponernos el tratado. Acudamos, si queremos conservar una libertad de elegir comprador y vendedor que no debemos perder nunca, a meditar en la advertencia de Martí: "El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes".

Ni tratados comerciales, ni entrega de tierras a empresas fenicias. Contengamos al yanqui imperialista como manera de conservar nuestra libertad en los negocios. Si unos han salido ya definitivamente de nuestro dominio arrancados por el Departamento de Estado, otros pueden librarse y con ellos haremos frente a la lucha recia a que nos obliga la maldición de estar cercanos a una nación que nos quiere imponer uniones políticas y económicas que sólo a ella benefician.

Omar Dengo

En el 6º aniversario de su muerte

= Envío de la autora.—Cartago, Costa Rica =

Lenguas de seda, expresiones de un Crisóstomo quisiera yo para loar dignamente al super-hombre que fué Omar Dengo. Basta evocar su nombre para sentir qué pequeños somos para referirnos a él con términos justos, siquiera los que lo definieran como hombre, ya que definir su valor espiritual, no es empresa de profanos.

Al repetir el nombre de una persona conocida, unimos a él rápidamente la visión física de quien con ese apelativo se distingue. ¡Omar Dengo! Aunque el recuerdo visual de su persona es imborrable, qué hondas evocaciones en el campo espiritual y diré sin vacilar, metafísico. Porque Omar Dengo fué eso: perenne vibración de algo celeste, que para realizar obra terrena hubo de cobrar forma humana. Forma humana que más de una vez nos trajera a la imaginación al Rabí Divino, en aquellos sublimes éxtasis de la oratoria, en que hablaba como un inspirado.

Su vida y su prédica siempre edificantes, siempre tendiendo a ennoblecernos, a poner en segundo término la materia y a enaltecer el espíritu. Todos, todos los que fuimos sus discípulos, guardamos en lugar muy prominente del alma, como el lapso más significativo de nuestra vida, aquel en que tuvimos cerca al Maestro. Y todos, todos los que fuimos sus discípulos, llevamos en lugar muy sensible del alma, una banda de luto que no destiñe ni destruye el tiempo.

¿Quién, después de Omar Dengo, dejó eco perenne en nuestras vidas? Nos sobran dedos en la mano cuando acabamos de contar. Y ¿cuál de esos ecos tiene la resonancia casi divina que nos dejara Omar Dengo? Ninguno. Porque Omar fué único. A todo imprimía su personalidad. Su pedagogía era la esencia de todas las pedagogías



Omar Dengo

de los grandes maestros, a partir de Jesús; su visión de todos los problemas espirituales o de interés material, era la de un clarividente. Su mente caleidoscópica abarcaba instantáneamente todas las fases de una idea. La ternura, la comprensión de Omar Dengo asombraban por la delicadeza, el tino con que las prodigaba.

Pasarán años. El caso de este super-hombre no lo repetirá al menos la historia de este pueblo. Y dudo si la de otros, ya que en todos son palpables los signos de la decadencia espiritual.

He visto con regocijo íntimo brotes modestos de la sana simiente de sus enseñanzas. Quizá haya muchos más en el país: la personalidad bien definida y sólida, de una sola pieza de un Víctor Lizano, Secretario de un Colegio de Segunda Enseñanza. La valiosa inquietud de un maestro rural, que presenta al Congreso de Maestros un programa novedoso y de un hondo sentido educacional, que de vivirlo, será la renovación completa de nuestra enseñanza primaria. Esfuerzo que pone en alto relieve la preparación pedagógica y la visión amplia de un discípulo de Omar: Fabio Ramírez.

No he tenido la fortuna de estar en contacto con otros dignos discípulos del Maestro ido, pero sé que el eco de sus sabias enseñanzas ha tenido una repercusión múltiple.

Encontré el elogio más elocuente de este hombre-faro en el santuario ennoblecido de su hogar. Está como presente en cada uno de sus hijos. El aura potente de su espíritu perdura aún en el nido amado, y acompaña a los pequeños huérfanos. Yo sentí la sombra silenciosa, tenue, del maestro inolvidable, presente en toda la casa. Hablé de él segura de que allí estaba, en forma intangible. O quizás mi deseo de volver a verlo creaba su presencia imaginaria... Retratos de Omar en todos los departamentos de la casa. Basta este solo detalle para asegurar que no habrá nunca en ese hogar un pensamiento torvo, nunca una expresión hiriente, nada impuro e injusto, si al alzar la vista encuentra, como un índice de virtud, la expresión suave de este hombre inimitable. La memoria de Omar Dengo perdurará como una nota de música divina, grabada en el oído del alma de todos sus discípulos. Y la tradición inmortalizará su nombre, que no tendrá rival en largos años. Porque fué una verdadera cortesía de los dioses, el haber permitido la reencarnación de ese hombre superior, en este rincón humilde de la tierra.

Gris

17—XI—34.

Fuerza y sencillez del hombre

= Colaboración. Costa Rica y noviembre del 34 =

Tengo deseos de salir destruyendo todas
las grandes cosas del mundo.
Los cuadros famosos en que el buen burgués
se encuentra a sí mismo.
Y las grandes óperas
y los monumentos, grandes sepulcros.
(Pero éstos los va a destruir el pueblo
la última vez que lo lleven a rezar delante
un himnario incomprensible).

Todo ardiendo dejarlo.
Y por encima del fuego en triunfo
gritar la purificación del mundo.

Es necesario, es necesario, es necesario.

Que el hombre otra vez empiece a ser creador.
Que se vea perdido en medio del caos.
Y otra vez nazca a sí mismo, frente a sí mismo,
en los brazos de Dios,
en los brazos de la terrible libertad.
El artista debe golpear los muros de esta ciudad cerrada.
Debe saber perderlo todo.

Tengo asco del burgués que aplaude sus propios intestinos
bailándole delante del vientre.
Asco de la fruta sobornándonos con el color y lo dulce.
Y de la mujer buscándonos el sexo al través del Padre Nuestro.
Y de los maestros que todos los días asesinan a los niños.
Y del artista que no ha perdido nada.

En la gran aurora el hombre
volverá a ser un animal sin orgullo,
y sin esposas,
y habrá poetas
que no se imiten a sí mismos,
y no habrá necesidad de saludar
a todo aquel en quien no creemos.

No existirán cantos,
ni colores,
ni árboles, ni animales, ni hembras, sin Dios.
Porque todos los días estará Dios naciendo,
y a la misma hora
el hombre encenderá su vida en una sencilla palabra.

Isaac Felipe Azofeifa

Lección rectoral, a la antigua y sabrosa manera

Por REMIGIO CRESPO TORAL

(2. *Véase el número anterior*)

Geografía humana

La psicología del trabajador, su fortaleza, su espíritu, su resistencia, su orientación económica resultan condición primaria, sustancial e inevitable para conservación e incremento de la agricultura.

Nadie niega la inferioridad del obrero americano, del centro y del sur, sobre todo del obrero campesino. A su flojedad, a su fatalismo retardatario y estéril, a su poco horizonte que toca apenas los linderos del porvenir, ha de añadirse la poca o ninguna instrucción técnica, casi desconocida en nuestros campos.

La cuestión racial se relaciona con el problema. Los aborígenes, los indios, ya sea por la limitación de sus necesidades, o por la organización semicomunista de los **aillos** primitivos o por el régimen previsor de los graneros públicos del período incaico; es lo cierto que no representan la eficacia ni el vigor del trabajo. Aun en sus mínimas parcelas, el indio no calcula, desconoce la meteorología, casi prescinde del regadío, da escasa importancia a los abonos y a la intensidad de las labores, apenas aprovecha la huerta y es enemigo del árbol.

Al paso que en las provincias del norte y sobre todo en las del centro, se van educando los indígenas para las mejoras relativas de la agricultura, aquí se muestran todavía reacios hasta a las primeras nociones que alborecen en esta noche nuestra de las industrias rurales. No hay hortelanos ni jardineros, los utensilios modernos no es dable utilizarlos debidamente, por la resistencia tenaz del campesino, para quien la rutina es una religión; la higiene —capítulo esencial de la vida agraria—, apenas se practica, y la enfermedad principalmente de los animales sinónimo resulta de muerte.

"Son los indios de esta provincia grandes haraganes, informó Hernando Pablos, y huyen del trabajo... amigos de tomar de lo ajeno principalmente los ganaderos... al cabo del año no hay indio que no saque su pegujal de ganado" (1). Así desde la época de las primeras colonias españolas aquí, los indios encomendados o libres, aunque ladinos, frugales y expertos, carecían de la tenacidad consciente que distingue al trabajador europeo. A esto se agrega que desde entonces se padecía la irrupción de indios sobre todo del norte, que constituían una verdadera plaga, los célebres **peinadillos** de las primeras Relaciones de Indias, legítimos progenitores de los que hasta hoy han dejado casi despoblados por su rapiña los sitios y dehesas.

Condición desastrosa de los campesinos, sobre todo de los indios, es la dificultad de arrancarlos al rincón de tierra donde nacieron, para empujarlos hacia zonas mejores y feraces, aunque éstas se encuentren más o menos cercanas al sitio de origen de este animal humano, que limita su dinamismo casi siempre a un círculo muy limitado.

En la época incaica, los cañares se trasladaban a diversas provincias del imperio, ya en calidad de **mitimas**, ya como contingente militar, y hoy son pocos los que conservan la condición migratoria, virtud para extensión de pueblos y razas.

Nuestra vasta zona occidental desde Bucay hasta Mollepungu, y la más dilatada en oriente al pie de Oña, Nabón, Jima, Sígsig, Gualaceo y Paute podrá laborarse y poblarse con elemento local, que en la planicie apenas prospera, luchando con la crueldad de la sequía y de la helada y con la anemia del suelo.

El trabajador blanco, ahogado por el ambiente, dominado por la sugestión de la masa, tampoco ha evolucionado y representa un elemento insignificante en la progresión de nuestra cultura. Quizás, la raza española, al fundirse en la americana, a lo menos en ciertas localidades, ha perdido su índole ancestral, en una curva de degeneración.

Triste será afirmar que para la vida tenemos, no sólo pobre la tierra, sino malo el trabajador. El maridaje de tan deficientes elementos no puede dar de sí sino decadencia, a no ser que reaccionemos con la savia renovadora de la educación, para en cierto modo nacer de nuevo y ser después... lo que no somos ahora.

Por lo mismo que se nos dió pobre la heredad, el esfuerzo ha de ser mayor, para suplir con él la flaqueza del suelo y la injuria de los elementos. Grecia, dijo Herodoto, tiene la pobreza por compañera, pero los helenos con su industria vencían a la naturaleza; y así es como, esa pequeña nación logró la supremacía en todas las actividades, por la inteligencia y por el valor, por la gracia y por el genio.

Lucha contra la naturaleza

...Nada es imposible al trabajo científicamente dirigido, ni parte alguna de la costra terrestre que no pueda utilizarse. En Europa, estrecha por el incremento de población, se acarrea hasta tierra para cubrir los esqueletos del risco o la desnudez de la **cangagua**, a fin de dar asidero a la raíz de la planta. Así, luchando heroicamente, se logra transformar el campo, rejuvenecerlo y darle la hermosa fisonomía del sembrado. Así, es como se llega aún a crear el suelo, merced a los prodigios del esfuerzo.

En las superficies áridas, en estas infinitas subdivisiones de dispersión de la propiedad, en que apenas se pueden ensayar los utensilios modernos; maneras hay de vencer a la fuerza y a la costumbre, de modificar la materia prima, de iniciar culturas nuevas: a cada tierra corresponde su simiente. No todas han de producir todo:

Nec vero terre ferre omnia possunt,

que dijo el poeta de la agricultura. El Arte consiste en descubrir la simpatía entre el suelo y la semilla. Si la mies

(1) Relaciones de Indias.—Loc. cit.

viene enteca, plantemos el árbol; si éste no medra, humillémonos a sembrar el chaparral para la roca, las altas gramíneas bravías para el cascajo y en el breñal y sobre las piedras el generoso magüey, la tuna avara de las aguas del cielo y la despreciada **achupalla** (1). En el páramo desolado, junto a la paja que llora a los vientos de la soledad, dad raíz al hermano del agave, al triste **agu**rongo (2), que nutre con su médula rica, pan del desierto, a los hombres y a las bestias del páramo, última **tellus** de la Patria.

De la transformación de los terrenos

Por motivos geológicos, el suelo no es igual, aunque en ciertas localidades predomine una forma sobre las demás. El tipo de una tierra fértil corresponde a la proporción en que se hallan distribuídos la arcilla, el sílice, la cal y el limo. Ya Varrón observó que la mezcla predomina, por industria de la misma naturaleza, a la que es fácil ayudar con el esfuerzo humano (1).

No es difícil mezclar aquellos componentes acudiendo a elementos a la mano; no sólo en las cercanías —sino en el subsuelo mismo, a poco de ahondar se da, ora con la arena, ora con la marga, que han de modificar la capa arcillosa, ingrata al cultivo. Y en cuanto al humus, en los arrastres que producen las primeras lluvias de la estación, se encuentra el mantillo fertilizante, el abono de los deslaves. La violencia de las corrientes, arrastrando el abono de las alturas o las lejanías, lo depositan en las cuencas y en las planicies, esterilizadas por sucesiva y no interrumpida producción.

En las orillas de los ríos y arroyos, se podrá recoger abundantemente el terreno de renovación combinado por las aguas en el laboratorio de la naturaleza. Ese material precioso ha de utilizar se antes que una nueva avenida lo arrebate; y las mismas aguas fangosas de ríos y torrenteras, condúzcanse por múltiples canales y se estanquen para cubrir las zonas bajas con un manto de detritus y residuos combinados para renovación inmediata del terreno.

El Nilo, sangrado para fertilizar un territorio inmenso en que se deposita el limo insuperable, ha hecho y hace de ese territorio el granero del Mediterráneo.

En las pendientes, para utilizar la tierra de los deslaves, para detenerla igualmente que los abonos, dispóngase el sembrado en terrazas paralelas, en platabandas orilladas por cabuyos, cercas de piedra, árboles o juncos, a manera de los aborígenes sobre todo del norte, como se puede observar hoy mismo principalmente en la región de los antiguos puruháes.

Todo ello, para que no se pierda lo que nos dan gratuitamente los agentes destructores. Con estas industrias, defendemos la tierra, rescatamos el guano y mantenemos la energía del suelo.

Complemento de las labores agrícolas, es el descanso que se ha de dar a la tierra, para que recobre su vigor con el sol y los medios atmosféricos, en un período de reposo. Es el sábado hebreo: descanse el trabajador el día último de la semana y la tierra el año séptimo. Haya piedad con esa madre: no se la maltrate ni agote. Sus pechos no pueden dar savia sin tregua; y si se los estruja siempre, se atrofiarán al cabo.

El descanso de la tierra es para que se vista con el manto de la pradera, para que sus yerbas la den vida nueva, arrancando con sus delicados órganos a la atmósfera, la juventud de la sustancia, mediante las operaciones de una química prodigiosa y sutil.

Columela acertó al decir que la tierra no envejece, y que tiene muchas y largas juventudes, merced a las renovaciones de la naturaleza y del trabajo (1).

Y a falta de todo ello, devuelvan los abonos al suelo lo que la sementera le quita. La tierra no pide dávidas ni tesoros, sino los desperdicios del campo: la paja, la ceniza, los deshechos orgánicos, la basura. Todo ello, almacenado para fermentación adecuada, será el filtro de juventud de la tierra. Con tal objeto, la industria pecuaria — base de la agricultura—, bastándose a sí misma, transformará el terreno, no sólo con las secreciones animales sino por la industria rica de los pastos, sobre todo de las leguminosas que engordan el suelo, tanto como a los ganados. Hasta que la facilidad de las comunicaciones permita importar el nitrato y otros fertilizantes químicos, hemos de acudir al abono verde, tan útilmente ensayado en otros países; y hemos de formar depósitos de los desperdicios de la labranza, de los corrales y de la granja, para distribuirlos convenientemente. No dejemos esa preciosa reserva, para que se descomponga, dispersa y expuesta al sol y al aire, y a discreción de la primera corriente aluvial.

Repoblación forestal

. . . Pero ante todo, para vestir la desnudez de tanto collado de guijarro, el erial ha de cubrirse de magueyes negros y blancos (1). Ellos son fruto genial de estas tierras, para ellas han nacido y constituyen su tesoro. En Méjico después de las minas, el mayor capítulo de su riqueza consiste en el agave, microcosmos de la riqueza campesina.

Cierra él las heredades, o cubre los breñales, orilla los caminos y se inclina sobre la barranca; da el azúcar del pobre, el licor espumante y depurador; de su flor y de la blancura de su tallo la ensalada de la mesa campestre, el alcohol que compite con el de la caña del viejo mundo, la madera levísima e incorruptible de las techumbres agrarias, las cañas anudadas para embarcación en nuestros ríos, pasto para el hambre del ganado en las inclemencias de la sequía, cuerdas para los establos y las construcciones, la espina que en vez de clavos hiende las paredes de la cabaña, o sirve de aguja rústica, la estera del piso, la tela del saco, la sandalia del peregrino, la alforja del viandante, la flecadura del cortinaje. ¡Planta bella y sagrada! La coronó el cielo de un penacho de flores que reciben muy arriba las caricias del astro que las ama. Muerta la planta, queda su negro tambor como ánfora de las lluvias, y las nutridas raíces, que han fecundado para siempre el suelo donde el generoso vegetal se dió entero para bien de los hombres y de la tierra.

(Concluirá en el próximo número)

(1) *Puretia.*

(2) Puretia piramidata.

(1) Tertio modo dicitur terra quae est mixta, in qua seri potest quid et nasci, ut argillosa, aut lapidosa, sic aliae; cum in hac species non minus sint multae quam illa communi nuli vi ac potestate partes permutae... *De Agricultura.*

(1) Non ergo est exiguarum frugum causa terrae vetustas si modo cum semel invasit senectus regressum non habet nec revirescere aut repubecere potest: sed ne lassitudo quidem soli minuit agricole fructum. *De Agricultura.*

(1) *Agave Americano a fourcroya.* Sp. wolf.

La balada de la incurable nostalgia

(Leyendo a Francis Jammes y leyendo a Armando Godoy)

= *Envío del autor.*—León de Nicaragua =

Otro tiempo quisiera y otro amor y otra vida
y otro mar y otra tierra y otra luz y otros cielos
y otros hombres sin ley y sin alma nacida,
para circos y patrias de retóricos velos.

Silencio de silencios y una paz sustantiva,
góticas, las palabras, sin penachos latinos
d'Italias y d'Españas, lejanas, suspensiva,
mi alma goza en la fiesta de sus propios caminos.

Ser pájaro, ser rama, ser ciervo de pavura
constante, piedra, nube, ni sé cómo decir.
En todos sus caminos va el hombre por l'oscura
selva donde la vida se muere de vivir.

Qué lucha! qué calor! qué modos sin manera!
para que, gota a gota, ¡sí! goteadamente,
se nos pase la vida, con nostalgias d'espera,
mientras clara, serena, translúcida, luciente,

venga la hora nueva, novísima, la hora
del Jam lucis *de Prima, minúscula primera,*
d'un cielo franciscano, con humildad d'aurora,
y d'una tierra virgen, novicia, primiciera.

A. H. Pallais
Presbo.

En Brujas de Flandes,
a los 30 días del mes de Octubre de 1934.

(Por omisión de una línea, y erratas, se reproduce esta poesía).

El magisterio y la enseñanza pública

Por ELENA TORRES

= *Colaboración*.—San José, Costa Rica, 29 de Octubre de 1934. =

No puedo evitar colocarme en el ángulo de los que hemos vivido la Revolución de mi país y ésta nos ha dado una actitud hacia los acontecimientos que se desarrollan en el mundo. Ya no somos los mexicanos gentes que buscan en Europa o Estados Unidos la solución para nuestros problemas.

Ya tenemos la audacia de expresarnos y la paciencia de buscar el significado de nuestra agitación social. Ya gastamos el placer de analizar y sacar conclusiones.

El movimiento social revolucionario de México tiende a conseguir tres cosas. Primero: mayor equidad en el reparto de la riqueza. Segundo: centración moral que determine la conducta individual. Tercero: independencia espiritual que permita una vida interior potente, capaz de arrancarnos de las limitaciones que impiden la integración de la personalidad humana y la comprensión de nuestro destino común.

Algunas veces los principios básicos que constituyen los ideales de nuestra Revolución se ven opacados por luchas estériles a que nos arrastran las pasiones. En esos momentos sólo la sinceridad es capaz de abrir caminos que nos lleven hacia la realización de los ideales anunciados. La educación pública es un medio de realizar la tarea, pero no lo conseguirá sino en la medida en que logre enfocar los ideales que alimentan su propósito.

La técnica escolar, tan importante como siempre, no puede ser otra cosa que lo que es el verso a la idea. Un vaso de corte especial en que se vierte la emoción, el conocimiento y el pensamiento.

Sentir... conocer... pensar y realizar, esa es la esencia de la educación.

Si los trabajadores de la enseñanza no tienen ideales su obra tiene que ser vana, si no saben es superficial, si no piensan no será consistente. Si la pasión partidarista los domina, dividirán a las gentes.

No en vano los antiguos aceptaban como maestro únicamente a aquel que era profundo, espiritual, pacífico y sabio, a aquel cuya comprensión ilimitada de las posibilidades que la vida ofrece lo hacía generoso e indulgente.

Pero la vida contemporánea es desconcertante, el drama humano nunca había estado tan ensombrecido, nunca como ahora habían vacilado las esperanzas, las creencias y los afectos.

Los adelantos de la ciencia aplicada han establecido una lucha de los hombres entre sí y la inmensa mayoría de las mujeres que nos damos cuenta de lo que ocurre en el mundo, quisiéramos ayudar eficazmente para conseguir una acción fecunda y ascendente, sin interrupciones.

Para conseguir esto es urgente aclarar los ideales y darle rectitud a la acción.



ELENA TORRES

(Invitada por la Secretaría de Educación. Esta educadora mexicana estuvo en Costa Rica, del 20 al 30 de octubre pasado.)

Mayor equidad en el reparto de la riqueza

Por lo que luchan las gentes en la actualidad es por conseguir el reparto equitativo de la riqueza que proporciona bienestar material; las grandes masas sociales desposeídas de riqueza y sometidas a salarios que no les permiten satisfacer las necesidades primarias, se organizan con tendencias extremistas unas, moderadas otras, pero fundamentalmente con el mismo propósito.

Comunistas, socialistas de todas las denominaciones y sindicalistas se empeñan en luchas más o menos violentas, para obtener un reparto adecuado de la riqueza que permita un desarrollo social armónico; lo malo es que en esta lucha pierden con frecuencia la conciencia del propósito. Ante esta situación de lucha, el maestro de niños y el maestro de hombres tienen el deber de conocer y de pensar para asumir una actitud firme ante el sistema económico-material de las cosas que son susceptibles de cambiar de mano y cuando esto se haya logrado, expresarse siempre con sinceridad. No adular a las masas ni adular a los poderosos. El que adula a los poderosos, busca la posesión de bienes materiales sin esfuerzo; el que adula a las masas, busca el poder sin haber conquistado los méritos para ejercerlo. De una o de otra manera, el que adula corrompe a los hombres y contribuye a perpetuar la injusticia.

Todas las culturas de significación en el mundo han establecido normas de conducta hacia las cosas.

En el mundo Occidental figura la virtud de la Templanza, en el mundo Oriental la Doctrina del justo Medio y ambas culturas establecen estas virtudes como fundamentos de perfectibilidad humana.

El mundo moderno necesita una actitud acorde con su situación. El exceso de productos puede asegurar la abundancia para todos, pero esto no será en tanto que no penetre muy hondamente en las conciencias el sentido real del uso de las cosas. Entre tanto esto llega a realizarse, hay que buscar una fórmula que asegure la satisfacción de las necesidades primarias, la renuncia en lo material no es posible, la inquietud nos viene del temor de carecer de casa, de vestido y de sustento y es el temor a la miseria el que despierta la codicia y es también ese temor el que empuja a la lucha, de allí la importancia de que el maestro de escuela sepa cómo puede formar en el niño una actitud hacia las cosas y cómo puede anteponerse las pasiones de los grandes.

La enseñanza actual, tan eficaz para desarrollar la inteligencia y hacer aptas a las gentes para ganar dinero, no tiene un elemento de centración moral que dirija la conducta humana, muy al contrario, las ideas de responsabilidad científica se extienden en algunos círculos ilustrados para negar los conceptos de Bien y de Mal y es que el afán de leer novedades y de "estar al día", le da superficialidad al discurrir humano. No es característica de las gentes instruídas de la actualidad la profundidad y la sabiduría necesarias para manejar los negocios humanos, por eso es frecuente que el labriego sencillo e ignorante suela darnos lecciones de buen juicio. En el labriego que recibe las lecciones que la tierra le da, hallamos con frecuencia al hombre virtuoso que nos da lecciones de buen juicio. En él podemos encontrar al director de las sociedades humanas y hay necesidad de dirigir nuestra mirada en demanda del hombre superior.

El hombre superior es el que reune las virtudes del rústico inteligente y firme y los conocimientos y agilidad mental del hombre instruído.

Para meditar cuidadosamente hemos de vigilar las reacciones que provocan en nosotros mismos y en los demás, las lecturas inquietantes de la actualidad y cuando siembren la confusión en el entendimiento, hemos de buscar los libros viejos, el hilo secreto que une los pensamientos humanos. Cuando hayamos logrado un pensar profundo, veremos con alegría que nuestros pies pueden descansar firmemente y que

(Pasa a la página 316)

"NUESTRAS VIDAS SON LOS RIOS..."

Llega un momento—en que la faena del día toca a su fin. Acaso sea la hora del crepúsculo. Las cuitas que nos obligaron a concentrar toda nuestra energía en el trabajo, acaso no sean tan imperativas en este minuto. Nos libertamos transitoriamente de ellas y nos damos a meditar. Acaso yo atraviese por uno de esos instantes, y tal sea la causa de que os invite a meditar conmigo sobre este problema que hoy me preocupa a mí, como casi todas las gentes del mundo: ¿qué hay que hacer, qué hemos de hacer nosotros para aliviar esa desorientación terrible que desquicia a la humanidad de hoy?

Somos una fracción infinitesimal de la humanidad; es decir, que si yo, ni tú, ni los otros existiéramos, no habría humanidad. Luego, esa desorientación, en parte, es obra tuya y mía.

Porque la mayoría de las existencias individuales derivan sin rumbo, la humanidad vacila.

Entonces el problema puede plantearse en otra forma: hace falta orientar nuestra propia vida.

¿Hacia dónde conducirle? ¿Pero es verdad que podemos guiarla? ¿No está su derrotero trazado por leyes inmutables?

"Nuestras vidas son los ríos—que van a dar a la mar—que es el morir..." ha dicho el poeta. Sí: nacimiento, apogeo, muerte, esos son los puntos cardinales de la ruta. Mas, entre ellos, las aguas de ese río pueden volcarse como avalancha, inmovilizarse en pantanos mefíticos, agotarse en el desierto, transformar los eriales en huertos y jardines, y pueden saltar en cascadas para convertirse en energía y en luz.

Cualquiera que sea el sitio que habitemos en el mundo, el peldaño en que nos hallemos, el grado de civilización de que seamos partícipes, tenemos que hacer un uso de la vida, uso que en cierta proporción depende de nuestra voluntad y en gran parte de la presión que sobre nosotros ejercen el círculo de gente que nos rodea, las circunstancias históricas porque atraviesa nuestra nación y el tipo de cultura contemporáneo. Y digamos entre paréntesis: el hombre alcanza la plenitud de su significado sólo cuando llega a vivir en función de su yo íntimo, de su familia y de su medio, de su raza y del mundo.

DESDE EL HOMBRE PRIMITIVO

¿Cómo orientarnos con respecto al mundo, he aquí específicamente nuestro tema de hoy. Y para abordarlo, recordemos el camino que ha hecho. Desde el hombre primitivo, el de las cavernas. Todo para él eran dificultades, temores, misterios. Dificultades para descubrir un cubil en una gruta protegida de las inclemencias del tiempo, para coger su alimento entre las bestias feroces, para abrigarse en el invierno, para hallar su camino en la obscuridad. En todos los elementos creía ver demonios malignos; como no sabía aplacar la cólera de las tempestades se aterraba con los eclipses; desconocía las causas de las plagas; imaginaba que los dioses le exigían, para favorecerlo, sacrificios humanos. Le dominaba el terror de lo desconocido. Estaba solo, pequeño e ignorante ante el misterio inmenso. Cuando descubrió el fuego—el fuego que devora, pero que al mismo tiempo fulge y reconforta—hizo de él un dios. Luego, la gruta llegó a ser estrecha para contener la prole; la selva o el campo no brindaron todo el alimento que se necesitaba. Por instinto de defensa, de conservación, mató y blandió la quijada. La ley que imperó fué la del más fuerte; el que vencía, mataba al otro, o lo uncía de esclavo, o de bestia de carga. Temor, cruedad, poderío implacable del más fuerte, esa era la ley común.

Se apretaba su imaginación, se encogían sus esperanzas a fuerza de temores. Los mares fueron surcados, al principio, sólo al abrigo de la costa: el océano era el mar ignoto poblado de monstruos. En las montañas acechaban las potencias maléficas. Sólo en las llanuras fértiles, tibias, pobladas de hierbas y de árboles generosos escanciaron el primer sorbo de la dulzura de vivir.

EL PRECIO DE LA CULTURA

Ciento o más siglos han transcurrido desde entonces, siglos de luchas, de sacrificios, en que han prosperado y decaído civilizaciones, en que han sido jubilosamente aceptados primero y rechazados después regímenes políticos, formas de gobierno, credos religiosos, sistemas científicos. Cada generación concibió una esperanza para mejorar o embellecer la vida, y a costa de dolores la realizó. Sus hijos la recibieron como herencia natural, a la cual no se asigna mayor precio, porque sus esperanzas estaban cifradas en algo mejor, más allá, siempre más allá. Y todo ha sido fugaz y perecedero en el mundo, menos esta ansia de superación, este anhelo de algo mejor que lo que poseemos, algo mejor, que muchos no saben qué es, pero cuya necesidad sienten desde lo más profundo de sus entrañas humanas. Este camino de la barbarie a la cultura ha sido preciso conquistarlo dificultosamente, paso a paso, minuto a minuto, generación tras generación. Nunca hemos logrado nada sin esfuerzo. Nunca ha llegado el hombre a una verdad sin errar primero cientos de veces; nunca a un estado de paz sin una guerra anterior; nunca a una conquista de libertad, sin que los cadalsos se tiñeran de sangre; nunca, a un credo de moral más puro, sin haber envenenado a Sócrates y crucificado al Nazareno.

Dolor! Dolor ha sido el precio de cada etapa del progreso. Con tributos de sangre han nacido y se han transformado las instituciones políticas desde la teocracia caldea hasta los plebiscitos democráticos. Así, el derecho y las costumbres, desde la ley del "ojo por ojo y diente por diente" hasta los códigos modernos. Así, las ciencias, desde la astrología de los hechiceros hasta las teorías de Einstein. Del salvaje, que limitaba su visión a la caverna, ha surgido el hombre que es hoy ciudadano del mundo, y mañana navegante de los sis-

Orientación vital

Por AMANDA LABARCA H.

= Capítulo final del interesante estudio *¿A dónde va la mujer?* — Santiago de Chile. 1934 =



Amanda Labarca Hubertson

(De la Misión Pedagógica chilena que en enero próximo llegará a Costa Rica)

"¿A dónde va la mujer?", de Amanda Labarca H.

Por NORBERTO PINILLA

= *Envío del autor.* — Santiago de Chile =

He aquí un ensayo cuyo título es una seria pregunta. La grave interrogación no tiene, como es de suponerlo, dada la clara inteligencia de su autora, una respuesta definitiva. Sin embargo, sus páginas poseen el mérito de las sugerencias profundas y provechosas. Pero, para penetrar en la entraña misma del pensamiento del presente estudio, voy a disociar en partes su contenido.

a)—**La desintegración del hogar.**—El maquinismo ha traído consecuencias de honda repercusión para el hogar. La industria con su perfeccionamiento técnico ha ido anulando las entradas de las familias patriarcales. No bastó el silencioso laborar en los telares hogareños. El hombre fué cada vez más incapaz de sufragar los gastos de su casa. Entonces empezó la desintegración de la familia. La mujer tuvo que empezar a colaborar, saliendo del hogar para ganar el dinero que faltaba en el recinto familiar. Y así siguió el éxodo de los diversos miembros del ámbito paterno.

De esta manera llegó un momento en que la sociedad había cambiado de fisonomía. Un nuevo ingrediente humano: la mujer, integraba el rostro social. Este aporte humano, sin embargo, traía consigo problemas no contemplados ni en la legislación ni en el trato diario.

La mujer empezó a actuar empujada por la necesidad; pero no poseyó leyes que resguardasen sus derechos con amplia equidad. Era, por lo tanto, doloroso tener que cumplir deberes y no poseer pautas de garantías legales que la defendiesen en la lucha por la existencia.

b)—**Feminismo.**—La situación de la mujer

(Pasa a la página siguiente)

temas planetarios. Las fuerzas que antes parecían demoníacas y monstruosas, se acogen a nosotros como aliadas. Esta es la cultura.

LA FALLA DE LA CIVILIZACION

¿Perfecta? No, mil veces no. No hay necesidad de un análisis sutil para descubrir sus fallas. Desde luego, es desequilibrada: el conocimiento de la naturaleza exterior y el dominio de la materia inerte han progresado con muchísima más rapidez que el conocimiento del hombre mismo, de las leyes que rigen el progreso de su yo y de las que permitirían establecer el reinado de la paz, del amor y de la dicha como patrimonio de todos. Mientras triunfa la mecánica hacen crisis la moral, la economía y la política.

La máquina está matando al hombre, dicen. Pero se equivocan: la máquina es un utensilio y cada uno de ellos ha marcado siempre una etapa de liberación. Recuérdese si no, los molinos, que antes que el amo supiese que el agua podía voltearlos, eran accionados por esclavos; recuérdese si no, los barcos movidos con el sudor de los galeotes, antes que los impulsaran la vela y el vapor. El triunfo de la máquina será la liberación del proletariado. El nos indica que en este período de cultura el mundo no necesita ya de esa clase de faena servil y manual.

Todo cambio brusco de un sistema de trabajo a otro, ha provocado crisis económicas profundas. Y ésta es una de las mayores, porque va acompañada de otros desequilibrios en el campo moral y en el político.

No hay duda que si existen hoy más de treinta millones de cesantes, es decir, de hombres, que se desvitalizan día a día por carencia de alimento suficiente para ellos y su prole, porque no tienen abrigo, ni vivienda, ni ese mínimo de bienestar a que el hijo de este siglo tiene derecho, no hay duda de que el sistema económico actual debe transformarse radicalmente. Mala distribución de los productos, declaran sesudos financistas. Posiblemente algo más: que el deseo de bienestar no ha corrido parejas con la posibilidad de obtenerlo; que no hemos creado suficiente riqueza para que ese mínimum de exigencias vitales anejas a la civilización sean patrimonio general... Aun los países fastuosos, si repartieran sus haberes por igual entre los ciudadanos, no alcanzarían a proporcionarles permanentemente el standard de un artesano acomodado. Además de una equitativa distribución, se requiere un mayor trabajo fructífero para todos.

No obstante, la desorientación mundial no decrecerá sólo con medidas de orden económico.

MALESTAR POLITICO Y MORAL

Desde luego, continuará el malestar político. El sistema democrático, de representación popular, ayer panacea, hoy se pone en todas partes en tela de juicio. El individualismo liberal de la mitad de la centuria pasada ha sido supeditado en el concepto de los más, por el socialismo de estado, y éste—con el nombre de fascismo, hitlerismo y comunismo va hacia las dictaduras unipersonales o colegiadas.

Y más preñado aún de amenazas que la inquietud política, se presenta el problema ético. Grupos considerables de la generacin nueva desestiman los valores espirituales legados por sus mayores, aun antes de aquilatarles con su experiencia. No tienen fe en nada ni en nadie. Buscan el placer fácil para olvidarse de ellos mismos y del espectáculo de la miseria y del odio humanos; se substraen a todo sacrificio; se alejan de todo esfuerzo; intentan quebrar la cadena de solidaridad que nos ata con los antepasados, de cuyas labores ininterrumpidas surge la cultura actual.

Los más inteligentes asumen el papel de espectadores. Discuten, hablan, analizan, pero no bajan desde su balcón, al campo donde se lucha, se brega y se siembran esperanzas para el mañana... Los más generosos perdonan a Lenin su despotismo sanguinario en amor de la fe en una organización menos implacable para el mísero y el desheredado. Los ávidos inventan estrategias para adueñarse rápidamente de riquezas o de

"¿A dónde va la mujer?"...

(Viene de la página anterior)

se hace cada vez más odiosa, debido a que la ley no la favorece en sus justas aspiraciones.

El feminismo nace, por consiguiente, con airado ademán. No busca la mujer sus derechos con tranquilidad, sino con desesperada energía. La sufraguista se hace, por otra parte, en esa época, enemiga del hombre. Quiere estar sola en la lucha para la conquista de sus derechos.

Sin embargo, esa primera etapa ingrata ha terminado. Hoy el feminismo no tiene el tono agresivo. Es justo que así sea. Amanda Labarca H., feminista inteligente, lo reconoce de esta manera, cuando escribe: "Cometen un nefasto error, hombre y mujer, al considerarse aislados. Son partes de una unidad indisoluble: la pareja humana, transmisora de la vida".

Palabras muy verdaderas, porque, ni la mujer, ni el hombre pueden cumplir la misión de la especie sin colaborar mutuamente. Y ya que el destino los llama a la cooperación, ¿qué más valedero que la inteligente comunión en su faena?

La desarmonía de la pareja humana no trae sino la desvinculación de los elementos perpetuadores de las razas.

c)—**¿Dónde está la mujer?**—Para saber con exactitud la trayectoria de la evolución femenina es preciso enterarse dónde está la mujer. Indudablemente no es su situación de las mejores.

Con todo, una de las conquistas más caras a la mujer se ha realizado: el voto universal. ¿Hasta qué punto será beneficioso esta medida? Amanda Labarca H. piensa al respecto: "Así como parece de toda justicia y conveniencia el sufragio político femenino, podría dudarse de su oportunidad si sus adeptas no se preparasen para ejercitarlo". Y más adelante: "Si desconocen los fundamentos del régimen republicano, si nunca han tratado de comprender las diferencias de doctrinas y métodos entre los partidos, si ignoran los problemas de la economía nacional, las cuestiones que a diario han de afrontar municipios y gobiernos centrales, mal pueden pretender mejorar las condiciones existentes".

El contenido de las dos citas precedentes es claro y preciso. La mujer no está en condiciones para mejorar políticamente el mundo. ¿Quién, por otra parte, lo está?

d)—**Democracia limitada.**—La actual democracia padece una honda crisis. Es verdad que acusarla de fracaso es un tanto extemporáneo, puesto que en los años que lleva de vida no ha tenido el suficiente tiempo para desarrollar todas sus posibilidades.

Es imperativo idear un sistema de correcciones para el régimen democrático. Amanda Labarca H. es partidaria de la restricción en el derecho de sufragio. Deben tener el poder electivo sólo los capacitados.

Este pensamiento lo he denominado democracia limitada. En principio estoy de acuerdo con la prestigiosa publicista. Pero, ¿qué método emplear para esa limitación? ¿Cuál sería el cartabón que diese la medida para decir que fulano y zutana están para sufragar? He ahí la dificultad.

Es incuestionable, como lo he dicho antes, que la democracia necesita enmiendas para que alcance el máximo de perfeccionamiento. Pero no soy yo quien pueda dar esa pauta ideal de correcciones.

e)—**La mujer sudamericana.**—La población de América Latina tiene una fisonomía característica, porque su estructura psicológica es peculiar. En efecto, la masa de estos pueblos está formada de los hijos nacidos de un cambio violento y desamoroso. El mestizo es triste y en su alma se libra la batalla de sangres desafines. La mujer indígena no fué suavemente requerida por la inclinación espiritual del erotismo, sino que fué la simple desposada del deseo extralegal, aunque biológico.

Las generaciones resultantes han sido el producto de "ayuntamientos non placenteros" para la mujer, como diría el Arcipreste de Hita. Y tal gestación humana ha tenido una honda repercusión en la psiqus sudamericana. El hombre era el conquistador omnipotente, la amante, la simple esclava. No hubo igualdad ni en la ley ni en el trato.

La mujer sudamericana ha estado supeditada siempre por el hombre. No podía seguir tal orden de injusticias legales. Bien ha hecho la mujer de estos Estados Desunidos en buscar el amparo de la ley, puesto que aun el hombre no le ha sabido dar el que

(Pasa a la página siguiente)

poder. Son muy pocos los que sienten que su papel no es ése, que deben alistarse en las filas de una cruzada que liberte al mundo del caos, de la confusión, del dolor y de las miserias actuales; y estos pocos ignoran cómo lograrlo. Son como una nave que siente sus velas henchidas por el viento, pero cuyo piloto hubiese perdido las cartas de navegar.

EL DERROTERO

Cuando un barco fija su rumbo, no lo hace en relación con el oleaje que le cerca, ni con la dirección de la corriente que lo impulsa, sino que mira hacia las estrellas. Lejos, lejos de la movilidad halla el derrotero. Así el hombre. No son los menudos quehaceres, las diarias zozobras, las que indican la ruta de una existencia: es el ideal. Y esto es lo que falta a la generación de hoy: un ideal, una fe tan intensa que sea un placer vivir por ella y morir por ella.

El espectador que mira pasar el tráfago humano, acaso con una sonrisa en los labios, que analiza agudamente, que critica, tal vez con sabiduría, pero que no se afilia con los unos ni con los otros, porque es más cómodo no empeñarse en lucha alguna, ese es, sencillamente, un desertor en la conquista de la cultura, un eslabón estéril en la cadena de la especie. Quien se repantiga holgadamen en el sitio que le permiten sus circunstancias, cierra los ojos al malestar ambiente y desoye el clamor de la miseria, ese—cualquiera que sean su saber y su talento—es un fardo muerto para el vuelo humano. Y el que actúa sin rumbo, llevado hoy de una pasión, mañana de un egoísmo, al otro día de un interés personal, no hace sino incrementar con la propia, la desorientación del mundo.

Es preciso definir nuestro credo, y en seguida, quererlo con toda la energía de que seamos capaces. "Sólo la conciencia de un propósito que es más potente que cualquier hombre y digno de todos juntos, puede inspirar y fortificar las almas". Y hay que sentar plaza de soldado en esta marcha hacia un orden de cosas menos imperfecto. No basta laborar en el aislamiento. No. Mano a mano, codo a codo con el que sufre y desespera, como nosotros. Porque somos naturalezas febles, vacilantes y tornadizas necesitamos de la compañía que nos aliente cuando desfallezcamos, nos impulse cuando nos seduzca la pereza, y sobre todo, que dé a nuestra acción esa fuerza de colectividad que jamás pudiéramos extraer de nuestro humilde valor personal.

Y permitidme, amigos míos, hablar sin ambages ni eufemismos, porque usarlos sería ofender la verdad de este tema que es el más importante de todos en una vida humana.

EL REINO DE DIOS Y EL REINO DEL HOMBRE

Hablemos del Reino de Dios. ¿Cómo lo han definido? Es un sitio, nos dicen, adonde todos gozarán por igual de una dicha perenne, donde todos desentrañarán el misterio del tiempo y del insondable espacio. Y este reino está más allá de la muerte.

¿Pero no es exactamente el mismo el reino del hombre? Es el camino que ha venido siguiendo la civilización. También aspira a que aquí, sobre la tierra, desaparezcan el odio, el miedo, la injusticia, la esclavitud, la miseria, madre de los dolores; a que luzca un día en que todos, por el hecho de ser hombres, canten la alegría de vivir, en que todos se consideren solidarios y hermanos, donde a fuerza de sabiduría pacientemente acumulada durante siglos, se logre penetrar en los arcanos del tiempo y del espacio. Más allá de la muerte. Sí. Acaso se llegue a él más allá de la muerte de muchas generaciones que tuvieron como signo en su estandarte la fe en el Reino de Dios o del Hombre.

Somos aún muy ignorantes. Todavía nos cercan el miedo y el recelo. Por eso no acertamos a darnos cuenta de que el que cree en el Reino de Dios y el que cree en el Reino del Hombre no son enemigos sino que predican en idiomas distintos una misma doctrina eterna.

Y ese ha de ser el ideal que dicte nuestras normas de conducta. Todo aquello que tienda a disminuir la injusticia, la esclavitud, la miseria, la ignorancia, la desdicha humana es bueno. Todo aquello que tienda a aumentar la confianza entre los hombres, su solidaridad, su entendimiento mutuo, su fraternidad, su dicha perenne, es mejor.

No creo, sin embargo, que este proceso de ennoblecimiento pueda realizarse por imposición de fuera hacia dentro, por dictaduras, ni por revoluciones. Pasarán muchos siglos. Sí. El camino será eterno. Pero no hay duda que éste es el camino.

EL PAPEL DE LA EDUCACION

La educación debería ayudar al joven a proseguirlo. La educación no se imparte solamente en los colegios. Mucho más influyente que el maestro suele ser la familia, el amigo, el medio en que se vive, los ejemplos, la prensa, los libros, las solicitaciones de la calle, del club o de cine. De modo que no hay que inscribir a cuenta solamente de los maestros la desorientación actual. No es absolución. Por el contrario, mientras más medito en ello, más me convenzo de que los sistemas pedagógicos de todo el mundo adolecen de errores imperdonables.

Decía en un párrafo inicial que el hombre conocía mejor las leyes de la materia inerte que las que rigen su propio yo. Ignoramos, por ejemplo, en virtud de qué reacciones un mismo acto en unos hombres inspira odio, en otro envidia, en éste admiración, en el de más allá amor. Se nos escapan las fórmulas para curar el criminal y aun hasta el iracundo. No sabemos inyectar energía al pusilánime, ni talento al atrasa-

"¿A dónde va la mujer?"...

(Viene de la página anterior)

le corresponde en la vida. La norma jurídica, cuando es sabia, puede llegar a crear la buena costumbre. Espero, pues, que la ley del sufragio femenino, ennoblezca las prácticas eleccionarias futuras.

f)—**Soluciones transitorias.**— Pero, ¿será menester repetirlo?, la ley no basta para cambiar las costumbres. El mundo, posiblemente, con voto femenino seguirá padeciendo sus males. La máquina irá cada día echando a la calle a mujeres y a hombres. No se puede ser suficientemente ingenuo para pensar en el abandono de la producción maquinista.

¿Entonces? ¿Dónde está la solución para la crisis? ¿Cómo salvar de la miseria a las familias obreras?

Hasta hoy se ha tratado de remediar los efectos de esta sorda lucha por la vida, de este duelo en que hombres y mujeres se baten por el diario sustento.

Amanda Labarca H. cree que una solución transitoria, naturalmente, es el retorno a las labores agrícolas. La propiedad rural, parcelada convenientemente, permitirá a los hogares modestos, su existencia, y, por consiguiente, el niño tendría asegurada su cuota de ternura y de pan.

¿Hasta qué grado de solución política, es decir, el voto universal femenino, va a coadyuvar en esta empresa de arreglar la situación económica del mundo? Yo no lo sé. De todas maneras, es una carta más que se lanza al tapete gris del destino en esta hora tormentosa de la historia.

g)—**Vida interior.**—El ser nacional sudamericano tiene poca vida íntima. No posee, por decirlo así, lastre psíquico. Va por el mundo sin timón conductor. Y, naturalmente, naufraga en el primer arrecife.

¿De dónde proviene esta miseria mental? ¿Por qué el mundo psicológico es tan angosto en el hombre sudamericano? No tiene intimismo la mujer. ¿Es que el principio lleva sólo ropa de corte europeo? ¿O es que únicamente se ha tomado lo externo, lo adjetivo, lo adscrito superficialmente?

El hombre y la mujer sudamericanos son extravertidos psicológicos. No han llegado a introvertirse. No han descubierto los profundos panoramas interiores de su espíritu. Esa es la verdad. Dura verdad.

Es indispensable cambiar de vida mental. "Cultura interior—escribe Amanda Labarca H.—de eso estamos huérfanos". Profundo acierto. Es urgente que se mate el "egoísmo cavernario" y que se actúe "de modo que logremos que en nosotros triunfen los valores eternos", ese es uno de los posibles "métodos de cultura interior".

h)—**Conclusión.**—Mucho se alargaría este comentario, si siguiera con morosidad las substantivas páginas de Amanda Labarca H.

Sin embargo, ante la interrogación casi angustiosa de la autora que he glosado, es indispensable oír su voz para cerrar esta crónica: "A la pregunta: ¿a dónde va la mujer? ¿habremos de contestar: a donde la empuje la fatídica antinomia de ese mundo que coloca en lucha constante al instinto de propagación de la especie, los anhelos de amar y de acuñar en las entrañas maternas al pequeño descubridor del mañana, con los de propia conservación, para la cual es indispensable uncirse al trabajo remunerado y subordinar las aspiraciones más nobles a la tiranía de un salario?"

Dura respuesta sería la presente. Pero la escritora tiene fe en que la trágica contradicción que indica tenga buena y humana solución.

La Editorial Letras ha publicado este libro nacional y ha hecho bien, porque hacía ya tiempo que nada entregaba de autores chilenos.

do mental. Y son tan indecisas las conquistas de la psicología, que la educación no ha podido hallar aún esas leyes que pudieran fijar su órbita como Copérnico, las del sistema planetario.

Ha debido la educación ponerse al servicio de las opiniones dominantes, y en realidad no ha dirigido al hombre. Como el antiguo pedagogo, hace todavía papeles de esclavo. La época ha sido de conquistas intelectuales; la escuela ha obedecido esa tendencia. Ha superintelectualizado sus programas y hecho de sus alumnos, capaces de investigar, de analizar, de discernir sutilmente, esos ejemplares de espectadores a quienes llamábamos tránsfugas de la lucha por el progreso.

La culpo de ocuparse demasiado del conocimiento y muy poco del cultivo de la voluntad y del enraizamiento profundo de un ideal capaz de orientar y dar significado a la existencia. Yo querría que el joven egresado de las aulas sintiese, tan claramente como su propia voz, la de la civilización humana, que comprendiera su deuda con el pasado, con las incontables generaciones de hombres que se sacrificaron para legarle un nivel de existencia emergido dificultosamente de la barbarie; que sintiera su solidaridad con el presente, tanto que fuera capaz de poner su voluntad perseverante al servicio del mundo, y que comprendiese su obligación hacia el futuro humano. Un joven que ante la injusticia, la miseria, el dolor, auscultase su conciencia y se preguntara: "¿En qué he pecado yo para que mi hermano sufra?" Y se hiciera cruzado del Reino de Dios o del Reino del Hombre sobre la tierra.

LOS OBSTACULOS

Comprendo que no son pequeños los obstáculos que se oponen a tan magna decisión. Fuera, está la bellísima diversidad del mundo que nos hechiza con sus paisajes, con la música del viento aventurero y la fragancia de las selvas desconocidas. Dentro se alzan la pereza, sirena que nos tienta a cada instante con su opio de **far niente**; la inconstancia, el ansia de tareas menos sacrificadoras que éstas de salir por el mundo, un poco a la manera de don Quijote, caballero de una cruzada de siglos; la necesidad de uncirnos a la brega cuotidiana, las tentaciones de la riqueza y del poder material. Y más pequeño, pero no menos nocivo, el peligro de ser, como afirma el dicho vulgar: "candil de la calle y oscuridad de la casa": por aliviar los dolores del mundo no tener tiempo para enjugar las lágrimas de nuestro prójimo más cercano; por libertar a un pueblo, esclavizar a los que más de cerca nos rodean; por dar bienestar y riqueza al mañana, infringir miseria y servidumbre a los de hoy. "Nuestro espíritu está pegado a la carne, y la carne a la costumbre". Para ser cruzado hemos también de comenzar por libertarnos.

Educación interior es lo que necesitamos más. Ser capaces de disciplinarnos voluntariamente, de hallar placer en la faena que consideramos indispensable.

"Alas, todos pedimos alas—(canta el poeta mejicano)—pero ninguno—sabe arrojar el lastre en el momento oportuno..." Precisa vivir alerta para seleccionar en todo instante aquello que nos aproxima de aquello que nos desvía de nuestra meta lejana. Y para ello no bastan las letras, ni las artes, ni las ciencias. Se puede ser a la vez un pedagogo diplomado y un desquiciador de almas. Por sobre la profesión y el oficio, está la clase de ideal a que servimos. Este es el que nos arrojará entre los tránsfugas o nos hermanará con los cruzados.

CREO

Yo creo firmemente que tortuosos como parezcan los senderos de hoy, nos llevan, sin embargo, hacia la realización del reino ideal. Creo que nuestra tarea es la de disminuir los dolores inútiles y aumentar la concordia y el amor entre los hombres. No expreso nada nuevo. Repito en burdo lenguaje una lección que unos desdeñan, otros no comprenden y algunos olvidaron. Pero me bastaría para juzgar que no he vivido este día en vano, que uno solo de mis lectores, uno solo de los jóvenes que me leen, acordara la voz de su íntimo yo con esta mía, y haciendo de su juventud un estandarte, se enrolase de cruzado en la lucha perenne por un reino mejor.

El magisterio y la enseñanza pública...

(Viene de la página 312)

nuestra inteligencia, libre y fuerte, puede seguir el curso de los pensamientos más opuestos sin desviar su propia ruta.

El hallazgo que nos permite percibir la unidad de los destinos humanos, es el que nos libra de ser parciales y nos hace abandonar las inquietudes íntimas que son el signo más claro de la esclavitud espiritual. El mundo puede amenazar cuanto quiera, pero no alcanzará el veneno de los fanatismos a la conciencia libre, porque la fuerza interior es indestructible. Esto no quiere decir que las contingencias materiales y los males físicos no puedan tocarnos, significa simplemente que en cualquier circunstancia, la actuación del ser humano de conciencia libre, es diferente a la del esclavo.

La civilización actual, el maquinismo y la confusión

El sistema económico actual y la rapidez de producción industrial que permite la máquina, así como las facilidades que da para viajar y comerciar, facilita considerablemente la formación de conceptos parciales que dan base a multitud de banderas y que sólo el hombre superior es capaz de comprender; para presentar la unidad de pensamiento que caracterizó al ideal antiguo y que es el secreto de su perduración a través del tiempo.

El hombre superior se convence de que el tiempo que media entre el nacimiento y la muerte es el único disponible para hacer uso de las cosas que la civilización nos ofrece y los accidentes de la vida moderna impiden hacerse ilusiones sobre la situación de la generación inmediata y determinar quiénes serán los mendigos de mañana. En resumen, el interés de todos es que en el futuro sea imposible que haya quienes no puedan llenar de modo docoroso las necesidades primarias que impone la existencia humana y evitar también que la puerta que conduce a los campos del Arte y de la Ciencia, permanezca cerrada por el capricho de los déspotas o por los privilegios absurdos que otorga un sistema económico injusto.

Cuando los gobernantes de un pueblo son de tipo superior, el peso hacia el establecimiento de la equidad económica avanza sin dificultad.

En el hombre superior no cabe la rusticidad, pero no se empeña en competir con el hombre de ciencia; él se aplica al conocimiento profundo de la naturaleza humana y se ejercita en las disciplinas de prudencia e indulgencia.

Cuando el hombre superior es un

mandatario, castiga sin odio y no permite que la cólera lo domine; es consciente de que su privilegio de dirigir a los hombres, no es el resultado de la fuerza moral que se imponía absoluta en su condición de hombre superior. El poder que ejerce puede conducirlo a errores porque está usando una fuerza que radica en la riqueza externa. Entonces el hombre superior se convierte en Mandatario Sabio y su sabiduría se manifiesta en el conocimiento de los hombres y su bondad, en el amor que le permite realizar en todos los casos aquellos actos que los beneficien.

Los intereses materiales y el socialismo

Los intereses materiales están invariablemente sujetos a reglas de administración aplicables a todas las cosas que son susceptibles de cambiar de mano.

La riqueza externa ha venido siendo objeto de codicia, de envidia y también elemento de prostitución en las gentes que carecen de principios fundamentales de conducta y de nociones profundas acerca de las posibilidades de la vida.

En la actualidad se han exacerbado las pasiones, muchas inteligencias se conmueven ante las demandas de comunistas y socialistas, la defensa de aquellos que han disfrutado de privilegios y la confusión de que dejan en la conciencia las prédicas demagógicas.

En mi país con la reforma del Artículo Tercero Constitucional que establece la creación de la Escuela Socialista se ha provocado una gran agitación que me ha hecho mirar las cosas sin pasión y me ha obligado como enviada por las Secretarías de Educación Pública y de Relaciones Exteriores de mi país a contestar y aclarar las noticias que a estos países llegan de los acontecimientos ocurridos allá.

En el Instituto Normal de Quito, me hicieron los maestros ecuatorianos desarrollar una conferencia en términos de diálogo porque querían algo muy sincero y preferían, según me explicaron, la contestación inmediata y no meditada. Convinimos en que yo contestaría aquellas cosas que estuvieran dentro de mi capacidad y que en lo otro les diría con absoluta franqueza que no podía contestar.

Fueron muchas las preguntas que se me hicieron, algunas pude resolverlas fácilmente, gracias a que conozco todo mi país y complací a mi auditorio con narraciones de cosas vistas por mí. Pero de las preguntas que implicaban responsabilidad al ser contestadas, hubo cinco que me impresionaron y que contesté; de ellas llevo apuntes que me servirán para reconstruir lo que allá expresé.

Las preguntas son las siguientes:

¿Qué fundamento pedagógico se establece en México para la educación de los adultos?

¿Qué interpretación funcional se va a poner en práctica para realizar la doctrina socialista con los medios y oportunidades que ofrece la escuela primaria?

¿Qué bases se dan a los maestros para impartir la educación sexual?

¿Cuáles son las causas del conflicto religioso en México?

¿Qué métodos han dado mejores resultados en la enseñanza de la escuela primaria?

Aquí en San José, desde esta tribuna y frente al hecho real del magisterio más unido que he conocido, de los funcionarios más sencillos y del pueblo más cordial y demócrata, influenciada por el ambiente, cuya dádiva de serenidad y limpieza interna que pacifica nunca sabré agradecer en la medida que quisiera, no puedo hablar de cosas parciales, de accidentes que constituyen complicaciones para llegar a la profundidad de los ideales amplia y universalmente humanos.

En lo económico, el interés de todos es que no haya quienes carezcan de lo necesario para llenar las necesidades primarias con la dignidad e independencia a que todo ser humano tiene derecho y luego que no haya quienes encuentren obstruídos los caminos que conducen a espigar en los campos del Arte, de la Ciencia o del Pensamiento. Estos ideales humanos no serán una realidad sino en parte insignificante por medio de las luchas de clase, método parcial, necesario actualmente, pero que pasará tanto más pronto cuanto mayor sea la preocupación y sabiduría de los encargados de impartir la Educación Pública y darles a las gentes medios de perfección.

Cuando esta realización se logre, las generaciones futuras, ocupadas en conseguir el vigor y la belleza de sus hijos y preocupados por realizar su destino espiritual, verán con asombro el extravío bárbaro de esta época en que son pocos los que comprenden el Mensaje Eterno dado a cada pueblo a través de sus reflexiones, de sus creencias y de los conocimientos que determinan su organización social y cuya contribución histórica o actual integra la herencia viva que la humanidad tiene para trabajar el futuro.

Sin penetrar en el sentido moral de la existencia humana, no es posible hallar método de enseñanza, precepto jurídico o institución eficaz para que la solidaridad entre los hombres pueda ser una realidad, no hay que hacer otra cosa que poner en práctica aquella bellísima frase del Mestro del Occidente "A tu prójimo como a ti mismo".

Pero la simplicidad evangélica cuando cae en un terreno difícil por lo abigarrado de las expresiones y por el veneno de la insinceridad, de los odios, de la envidia y de la ignorancia se hace ineficaz por incomprensible y para aquel que está iniciado en el sentido de la vida humana tiene que hallar la forma de actuar rectamente y de mantenerse firme a pesar de las contradicciones, de las insinceridades y de las agitaciones que se vuelven en torno suyo.

Sólo actuará bien aquel que tenga como antecedente las características del hombre superior que sabe conservar altura en cualquier situación y trabajar por conseguir su propia perfección.

El hombre superior sabe que cuando se pierde la gracia y esto ocurre invariablemente al hacerse hombres y mujeres los niños, no queda otro camino para realizar la propia perfección y ayudar a los demás que la sinceridad. ¡Qué difícil es ser sinceros! Pero la sinceridad es la base de la perfección humana, sin ella todo es falso; el amor se prostituye, la esperanza se pone en las cosas groseras y la fe vacila. Aquí en Costa Rica, donde he recibido el mayor bien del trato humano noble y generoso, donde he visto hecha realidad una característica que es de gentes superiores, dispuestas siempre a enseñar lo que saben y prontas a aprender lo que no saben, aquí y en esta ocasión siento el deseo incontenible de intentar expresar mi convicción íntima acerca del momento que vive la humanidad.

Decía al principio de esta exposición que las lecturas actuales inquietan y pocas veces enseñan, todos hemos sentido esta falla que radica en la falta de unidad de pensamiento. En contra de este mal invito, especialmente a las mujeres, a meditar sobre las enseñanzas de los Grandes Maestros que vertieron su pensamiento en uno que otro libro viejo. Nada hay más aquietador y propicio para la meditación fecunda que la sugerencia dada por una idea clara expresada por un hombre sabio y virtuoso, mientras las manos realizan una labor útil y bella, las ideas toman forma y nos preparamos en la meditación para una acción ordenada y fecunda.

Los libros viejos, de valor permanente nos enseñan sabiduría y entendamos que por sabiduría no aceptamos la erudición brillante ni siquiera el conocimiento amplio de la técnica científica para poner a servicio de la sociedad los adelantos de comodidad, recreo o estudio particular. Por sabiduría hemos de entender la comprensión del fenómeno vital, las posibilidades mentales de la existencia humana y el conocimiento de las gentes unido a la capacidad de estar

siempre en actitud de simpatía. En resumen, sólo el hombre superior puede ser considerado como sabio y una verdad dicha por los que a ellos llegan y que seguirá diciéndose mientras la humanidad existe es aquella de "los pocos sabios que en el mundo han sido".

Entre ellos los hay que han dejado discípulos y libros y los hay que sin soberbia, aceptan la enseñanza que ellos dan.

Yo tuve la dicha de encontrar un hombre sabio que me guió en el momento más angustioso para mí, cuando extraviada y vacilante dudaba de todos y las pasiones malas amenazaban mi integridad humana. Conocí a Hugh Anderson Moran el año de 1925, no tiene la belleza que todo el mundo proclama, pero tiene la serenidad, el desinterés y los conocimientos que un hombre superior necesita para comprender los más intrincados problemas humanos; tiene un libro que cualquiera lee con agrado y se llama "A Creedo for College Men". Este libro hace meditar a los jóvenes, pero Moran, con sus alumnos en un plazo breve de tiempo les enseña dos cosas: el amor por los libros de valor permanente y la manera de usarlos. Su enseñanza tiene un gran valor. Comienza por explicar que hemos de separar convenientemente los elementos del pensamiento en tres categorías, esto es, aquellos que establecen la organización social y la base de cualquier institución, sometidos a la prueba constante de la ambición, la codicia y los cambios.

Los que se refieren a la conducta, es decir a las relaciones humanas, pensamiento Etico que norma los actos de las gentes y que aparece en toda confusión de poder o de jurisprudencia como elemento regulador de la sociedad.

Finalmente, aquellos pensamientos que constituyen un esfuerzo por dar a los hombres un sentido de realidad espiritual que los liberte de la esclavitud, de la explotación y del engaño. Es decir de aquellos pensamientos diáfanos que trabajan la personalidad humana, cuando el sentimiento depurado está en actitud de verter las excelencias de su acción para acercar al Creador con la Creatura.

Todo otro medio es ineficaz para destruir la esclavitud espiritual, en México las gentes que han dejado de arrodillarse ante una imagen, sólo por seguir una moda y no por convicción íntima van a reuniones donde se bailan mesitas, a adivinadoras o a cualquier otra forma inferior de superstición que si no hay quién explote, lesiona la tranquilidad individual y hace vivir a las gentes ciegas e ineptas para en cualquier momento resolver sus propios problemas. Veamos algunas de las enseñanzas de Confucio.

Interpelado Confucio sobre cuál es la característica del mejor maestro, dijo: "El mejor maestro es aquel que no pierde hombres ni palabras". No pierde hombres porque enseña sabiamente y no pierde palabras porque no se esfuerza por enseñar al que no sabe.

¿Podremos encontrar una concepción expresada más clara y brevemente que supere a ésta sobre las condiciones en que debe impartirse la enseñanza?

¿A quiénes hay que enseñar? No repitas tu lección a aquel que se niegue a enseñar a los otros. Es decir sólo merece aprender el que no es egoísta, el que hace realidad aquello de "A tu prójimo como a ti mismo".

Alguien se extrañó de que Confucio diera sobre un mismo asunto consejo diverso a dos personas y habiéndoselo manifestado dijo: "Sólo dos clases de hombres no varían en sus determinaciones y no son susceptibles de influencia, el más torpe de los torpes y el más sabio de los sabios, ninguno de estos dos hombres tiene esos caracteres, mi deber es impeler al uno a la acción porque carece de resolución y llamar al otro a la meditación para que no obre sin serenar su impulso".

¡Qué enorme enseñanza y qué lección de conocimiento de las gentes y de prudencia para aconsejarlas y hacer que cada una realice su tarea con acierto! No creo que podamos expresar mejor la necesidad de usar con cada uno diverso método para armonizar las acciones humanas, esta fórmula tan claramente puesta de manifiesto requiere un conocimiento profundo de los hombres, de los intereses que los mueven y del medio en que actúan y un perfecto dominio del que aconseja. Hay muchos hombres que traen en sí los atributos de gobierno y cuanto bien harían si de esta virtud pudieran sacar gran partido no desdeñando las enseñanzas de aquellos que representan al hombre universal. Hemos de buscar en nosotros mismos nuestro camino de perfección y hemos de buscar en nuestro propio pueblo los recursos para el perfeccionamiento social de nuestros países, pero no hemos de desdeñar, lo que tenemos como herencia permanente.

La idea de clasificar a las gentes para darles conocimiento data de la época de Confucio, es decir, que no es un problema planteado por la psicología moderna a la Pedagogía.

Confucio decía que los hombres se dividen en cuatro categorías que el Maestro debe tener presentes. La primera la constituyen los que no necesitan ser enseñados, sino que les es suficiente una indicación y solos siguen el camino del conocimiento. La segunda la forman los que tienen que aplicarse y estudiar para comprender lo que quieren aprender. La tercera la forman aquellos que se empeñan en comprender, pero no pueden, y finalmente, la cuarta categoría está constituída por aquellos que ni se empeñan ni pueden. En resumen y traído a la enseñanza Occidental que se desprenda del Evangelio, es aquello de "Muchos son los llamados y pocos los elegidos".

De esta clasificación se desprendió todo un sistema político que dió lugar a casi dos mil años de paz, sistema que no tuvo en su ejercicio los errores de las dinastías europeas, ni los absurdos de las Democracias Americanas.

Ningún privilegio fué heredado en China, el hijo del Emperador o del Gran Sacerdote no podía heredarlo en el cargo. La selección se hacía desde el Clan familiar hasta las Cortes por riguroso juicio de capacidad. No quiere esto decir que el remedio sea copiar las instituciones chinas, para que el drama humano deje de ser trágico; quiere decir simplemente que de la Enseñanza China se desprende un sistema diferente al Occidental y que es la contribución de aquel pueblo para plasmar las nuevas normas que han de regirnos.

A China ha penetrado el morbo de la guerra, ese ideal que de cristiano no tiene sino el nombre y que justifica las grandes matanzas como una explicación biológica que la razón humana no tiene derecho a eliminar. En cambio, se condenan como infernales los recursos menos crueles de control de natalidad y hasta los de abstención o castidad se ven como delito, tal como lo estima el dictador italiano.

Confucio sobre su propia educación deja una esperanza de perfección a jóvenes y viejos. No es la culminación Cristiana tan difícil de alcanzar en la juventud, es el paciente pulimento del hombre a través de todas las etapas de su vida. El dice: Todo hombre puede recorrer el camino del conocimiento, he aquí el mío:

A los quince años mi mente estuvo lista para recibir toda enseñanza; a los treinta estuve firme; a los cuarenta no tuve dudas, a los cincuenta pude aconsejar a los otros, a los sesenta aprendí como decrece el peso de la existencia individual, a los setenta no sufrí equivocaciones, a los ochenta mi oído fué un órgano obediente para recibir de las gentes sólo las palabras sinceras.

Hasta aquí lo que recuerdo de los dichos de Confucio sobre la enseñanza sin incurrir en errores, pero el estudio puede proseguirse sin hacerse cansado porque todo lo permanente que encierran sus dichos se mantiene actual y casi no hay problema humano de conducta que este hombre de la antigüedad no haya visto, meditado y tratado de resolver.

Moran sugiere un método de estudio que permita apreciar los elementos semejantes de cada doctrina y los elementos nuevos que incorpore al conocimiento e ideales. En asuntos de conducta tomamos por base los "Anales de Confucio" el orden de lectura tiene que ser riguroso, en seguida se anota el contenido moral que ofrecen las siguientes religiones: El Taoísmo; el Zoroastrismo y el Mahometanismo; el Brahamanismo y el Budismo, el Judaísmo, es decir, se estudian cuidadosamente los elementos de aquellas culturas que han sido capaces de fundar culturas. En seguida deben estudiarse los sistemas de ética que se desprenden de las diversas escuelas filosóficas que se han desarrollado al abrigo de las culturas religiosas, modificando el pensamiento básico entre las gentes instruídas.

Comparados los elementos de enseñanza que han regulado las acciones humanas, la crítica y el ideal pueden realizar la obra de la humanidad hacia su perfeccionamiento moral.

Este mismo procedimiento puede seguirse para estudiar cada uno de los aspectos del pensamiento humano.

En pequeños círculos me he expresado en la misma forma que ahora lo estoy haciendo y siempre se me ha replicado. ¿Para qué retroceder hacia los orientales, cuando tenemos las excelencias del Evangelio Cristiano? ¿Hay razón para esta reflexión, pero D. Gorddard me inspira la seguridad del procedimiento cuando dice refiriéndose a uno de los grandes idealistas de la Historia: "Laotzé" vió con un vidrio ahumado, lo que Jesús vió cara a cara". Y si esto puede ser dicho refiriéndose a uno de los más Grandes Maestros de la humanidad, ¡cuántos vidrios habrá que ahumar para que la multitud pueda salir de las madrigueras de la ignorancia y perciba la luz de la verdad!

Antes de dejar esta tribuna y porque tengo fe en la cultura y los ideales de la mujer de Costa Rica, dedicaré un breve renglón a ella, simples reflexiones de una mujer que quiere aclarar la situación de las de su sexo, balbuceos torpes que las generaciones vigorosas y sanas convertirán un día en palabra clara para ayudar a la realización espiritual.

Las mujeres tenemos que aceptar la insignificancia de nuestra contribución en la actual organización del mundo. Poca cosa y de escaso valor se encuentra procedente de mujer en la historia del pensamiento humano.

Nuestra dádiva al mundo ha permanecido en potencia, las generaciones de hombres proceden de allá. Pero la mujer al intentar expresarse no cuenta como antecedente sino como un símbolo, el de María. Y con una interrogación hacia el futuro.

De los pensadores no he podido encontrar sobre la mujer otra cosa que imprecaciones e incomprensión. Lo demás corresponde a un tipo de literatura inferior, originada en las pasiones o en la sensualidad de la carne. Sólo en el Evangelio Cristiano se nos abre una interrogación ante la actitud del Maestro de Galilea en el caso de la Bella Pecadora y de la Mujer Adúltera. Los demás siempre la hacen aparecer como instigadora de pecado. Huye de la mujer como de la peste, es lo que aconsejan los místicos. Si tus pasiones no te dejan cásate; "es mejor casarse que quemarse". Pero fuera de la fecundidad de la carne, el hombre es indiferente o desprecia a la mujer.

Pero todo lo que acerca de nosotras se haya dicho, hemos de meditarlo. Confucio que tanta claridad de pensamiento puso acerca de los problemas de conducta, cuando se trata de la mujer sólo dice:

"Las mujeres y los sirvientes son la gente más difícil de entender. Si les concedemos intimidad pierden toda compostura, si los alejamos se ofenden".

Confieso que lo más difícil de mi disciplina interior ha sido formar en mi ánimo la tranquilidad necesaria para leer sin inmutarme los más grandes denuestos en contra de la mujer.

Pienso que quizá los hombres, desde hace muchos siglos, comprendieron su naturaleza carnal y organizaron el mundo en forma tal que les ha permitido conocer de todos los placeres, enfangarse en todos los vicios y renegar de todo cuando comprenden la fugacidad de la existencia y la inseguridad del hombre. Sobre este aspecto del pensamiento humano siento una gran piedad y creo que las mujeres tenemos que ser fuertes, penetrar en el sentido de la existencia, hacernos la confesión íntima de las miserias a que la carne nos somete y darle a nuestra conducta moral una base biológica que nos explique con claridad el camino cuya puerta se abre cuando el desconcierto de la organización actual amenaza a las necesidades humanas de todos los países.

Costa Rica que puede con la comprensión de sus hijos mantener la paz, dando a cada uno los bienes que la tierra les brinda y evitando la esclavitud de las gentes que aflige a los países de Latifundistas y Gamonales o a los de máquinas que entorpecen la inteligencia, puede quizá dar en este Continente la iniciación para una estructura económico-social que garantiza el adelanto espiritual de todos.

Esta estancia en Costa Rica me deja el sabor de las cosas que no se olvidan nunca y en el futuro, mucho habré de vivir del recuerdo de ustedes.

El agradecimiento por la atención del Gobierno de Costa Rica que inmerecidamente me hizo huésped de honor de la Secretaría de Educación Pública, tengo que agradecerlo en homenaje a mi país, pero la dádiva del trato cordial y de la lección viva de la limpieza interior de las gentes y el contacto con una cultura auténtica surgida de la permanencia generosa de la tierra, me hace decir que el estímulo que aquí he recibido es el mejor estímulo para serenar mi conciencia y rectificar mis acciones cuando los impulsos violentos se muevan en torno mío.

Finalmente, yo había planeado estar aquí, viejos vínculos de amistad me unen a ese hombre continental que tremola en sus manos como una bandera el **Repertorio Americano**; no esperaba esta demostración tan amplia de afecto y pensé conocer algo de Costa Rica y charlar mucho en círculos pequeños y de intimidad. Don Teodoro Picado y el destino se encargaron de hacer otra cosa de este plan. Bendigo el destino y deseo para el joven Ministro toda la gloria de ser un hombre superior. Toda otra cosa le vendrá por añadidura.

En el aniversario de...

(Viene de la página siguiente)

les-Louis Philippe, era las dos cosas a un tiempo.

Por aquella época, los Bailes Rusos acababan de traer a Occidente el aire fuerte y bárbaro de sus danzas y de su suntuosidad decorativa. Hacía poco aun que el mundo parisiense se había quedado atónito ante "Boris Godunof" y "La muchacha de Pskow". Más modesto y peor informado, yo me contentaba con "Michel Strogof" en el Chatelet. Pero, ¡ah!, las tardes de concierto en el ancho paraíso que iluminaba el resplandor descolorido de un sol trasversal. O las noches en que los álamos del "boulevard Sebasto" se deshojaban frente a la casita de los "concerts Touche", donde Parent tocaba la serie íntegra de los cuartetos de Beethoven, mientras, quedamente, la acomodadora os ofrecía cerveza, o una larga copa de un licor aromado, con cerezas al fondo.

Charles-Louis Philippe había publicado por entonces casi todas sus obras: pocas en número, con pocos lectores aun, pero ya de un entusiasmo palpitante; degustadores de su prosa, como de los poetas del momento; despaciosos; paladeantes; con la morosidad complacida de un bebedor de ajenjo.

Aun existía la Morgue, y aun podía contemplarse en ella, como en "Naná". los últimos ahogados. Un poco más lejos. los muelles de la isla San Luis ofrecían una paz menos macabra, bajo los árboles inmensos, que llegaban hasta la ventana misma de Charles-Louis Philippe.

Tenía entonces treinta y tantos años; pero sus escrófulas le habían aviejado mucho. Sangre pobre. Alimentación precaria. Tristeza, como la de Charles Blanchard, que es su retrato. Al atardecer, Charles-Louis Philippe apareció en la calle, cobijado en su macferlán excesivo, cuyas solapas le envolvían la cara. Agachadito, paliducho, me dirigió la mirada anémica de sus ojos incoloros. En seguida desapareció, llevado con las hojas secas.

—Esta tarde—dije en el café—he visto salir de su casa a Charles-Louis Philippe.

—Imposible — interrumpió una voz violenta—. Porque ayer salió de ella para siempre, y para siempre también, lo dejamos en el cementerio.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí*.

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

En el aniversario de Charles-Louis Philippe

Por ADOLFO SALAZAR

= De *El Sol*. Madrid =

Las cartas que Charles-Louis Philippe escribió desde los veintidós años de su edad hasta poco antes de su muerte, hace justamente 25 años, a un poeta belga, Henri Vandeputte, a quien apenas conocía, pero a quien llevaba la cordialidad estremecida de su alma de otros tiempos, son una lectura deliciosa, aunque apenas pueda recomendarse a la juventud de nuestros días. Esas páginas, rebosantes de una ternura ingenua, de una inocencia en flor, tienen un aroma que precisa para poder expansionarse la serenidad de espíritu y el sosiego que son más propios de los lectores maduros que de los jóvenes. Aparte de que el sustantivo "lector", seguido del adjetivo "joven", constituyen una expresión incongruente en los días que corren, la inquietud propia de éstos y de aquéllos impediría la decantación de una literatura que, aunque se ofrezca al público en un libro, no se escribió con ese destino. Literatura es también un término ambicioso y aun casi ofende a la calidad de la prosa íntima que Charles-Louis Philippe dirigía amorosamente a su amigo, con la pureza de un corazón virginal que parecía ofrecerle en el cuenco de sus manos, como Verlaine el suyo tremulante, entre flores frescas y hojas verdes.

Esas cartas de Philippe se editaron poco después de su muerte (1), homenaje póstumo a un genio que todavía contaba pocos admiradores, pero éstos con pasión. En ellas está el cuerpo y la sangre de Philippe, trasuntanciados en materia literaria, que sus fieles reciben con una unción enteramente fuera de todo en el día de hoy. A lo menos en las grandes ciudades, porque en las provincias, solitarios y tranquilos, hay aún muchachos que leen con el corazón en la mano, o gentes maduras ya que vienen de vuelta y que han colgado en el juicio, definitivamente quizá, el manto de las ilusiones.

Humildad. Claridad. Inocencia de alma. Charles-Louis Philippe vivía en el barro; pero vivía en él sin mancilla, purificándolo su mirada transparente por una acción milagrosa cuya virtud sólo existe en los bienaventurados. Cuando Philippe habla de los plátanos del Sena ("Je suis allé le long des quais tranquilles pleins d'arbes aux feuilles agitées; il y avaint toujours ce ciel; je suis resté longtemps á voir couler l'eau"); cuando recuerda el oficio de su padre, zapatero ("son bruit est trés joli et chanteur"); cuando habla de su amiga, la



Charles-Louis Philippe

pobre "chére petite putain", Philippe encuentra un tono franciscano, humilde resignación que sabe hallar la ternura cotidiana de las cosas feas y tristes, el encanto mansueto de la vida humillada a cada hora de cada día y cada noche en el París de los últimos años del siglo.

"Por el momento soy "commis auxiliaire" en el Servicio de Alumbrado, Alcaldía del cuarto distrito". Pero delante del edificio gris y maloliente—con ese olor agrio y seco de los Juzgados, las Comisarías y las dependencias municipales—hay una placita con cuatro hermosos castaños, y el alma de Philippe parece respirar, como ellos, por sus hojas frondosas. Tiene mil ochocientos francos de sueldo (anuales, hay que decir ahora), y esto es casi un sueño. Es verdad que la burocracia es atroz, que los empleados hacen un ruido imbécil y que Charles-Louis se siente cada día más empequeñecido. Mas tan pronto sale de su oficina, se rehace una virginidad para poder trabajar; "je fume, je réve, et je travaille, et je me chauffe, et j'oublie ma vie ignoble de chaque jour". Y como es incapaz de odiar nada y en cada cosa encuentra una flor de bondad o de ternura, llega hasta querer a su oficina y hasta sentirse feliz en ella.

Por una ventana, que se abre en los días de verano, Philippe, cuando levanta la vista de sus registros ve a una vieja y a un niño, y su sed de ternura se satisface. Sed de ternura, de la actitud, del gesto, de la palabra, del mimo inclusive, que la acompañan y que son cosas apenas conocidas del medio áspero y duro en que vive. Así, la literatura es su refugio: escribe sobre las cosas y los seres que ve cada día, y vive y siente con ellos en una fraternidad de cuerpo y de alma. Escribe penosamente, a la luz de su lámpara, junto a la ventana, desde la que se divisa, recortada en el cielo claro, la silueta de Notre Dame. Al pie, los grandes plátanos del río mueven rumorosamente sus hojas, y el murmullo suena a música en el ánimo de Philippe, que va dócilmente cada domingo a los conciertos del Chatelet, pero a quien, en rigor, sólo conmueven hasta las lágrimas las canciones de la calle.

Ese trabajo, ese esfuerzo por escribir ("en dos horas—dice—escribo diez líneas; si llego a quince me considero feliz"), alquitara su prosa y la serena en su maravillosa pristinidad. "C'est travaillé—como decía él de otro escritor—et spontané, la naiveté en surgit comme une fleur".

Un día de otoño, en el prematuro otoño del septiembre parisiense, estaba yo sentado en el alto pretil del Sena, en la isla de San Luis. "Quai d'Anjou", frente al número 5. "C'est dans l'île Saint-Louis, sur des quais pleins d'ombre et de calme auprés desquels la Seine semble un canal et se repose". Hace muchos años. Yo era aún un niño. Un adolescente escapado de su casa en un vuelo de ilusiones hacia París. Era un París, aquel de antes de la guerra, enteramente distinto del actual. Gentes que hoy son honra de las letras españolas andaban entonces, con sus grandes bigotes y sus sombreros hongos, por los cafés de Montparnasse y lo restaurants módicos de la calle de San Jacobo. Había uno, con un título en letras rusas donde parecía leerse "Pectoral", al fondo de cuyo largo pasillo oscuro, bajo la luz parpadeante de un "bec de gaz", los rostros lívidos se inclinaban ante la ración de "boeuf lentilles", a treinta céntimos, o, lujo insólito, su "perdrix aux choux", de sesenta. Algún escritor español lo recordará; como yo, entre vaso y botella, el último número de "La Plume" o de la "Revue Blanche", o aun de la "Nouvelle Revue Francaise", entonces también joven. Entre doce y dos, al mediodía, los empleados se codeaban allí con los poetas, y tal cual, como Char-

(*Pasa a la página anterior*)

(El) Charles-Louis Philippe: «Letres de jeunesse». diciones de la «Nouvelle Revue Francaise». París.

Imprenta «LA TRIBUNA»